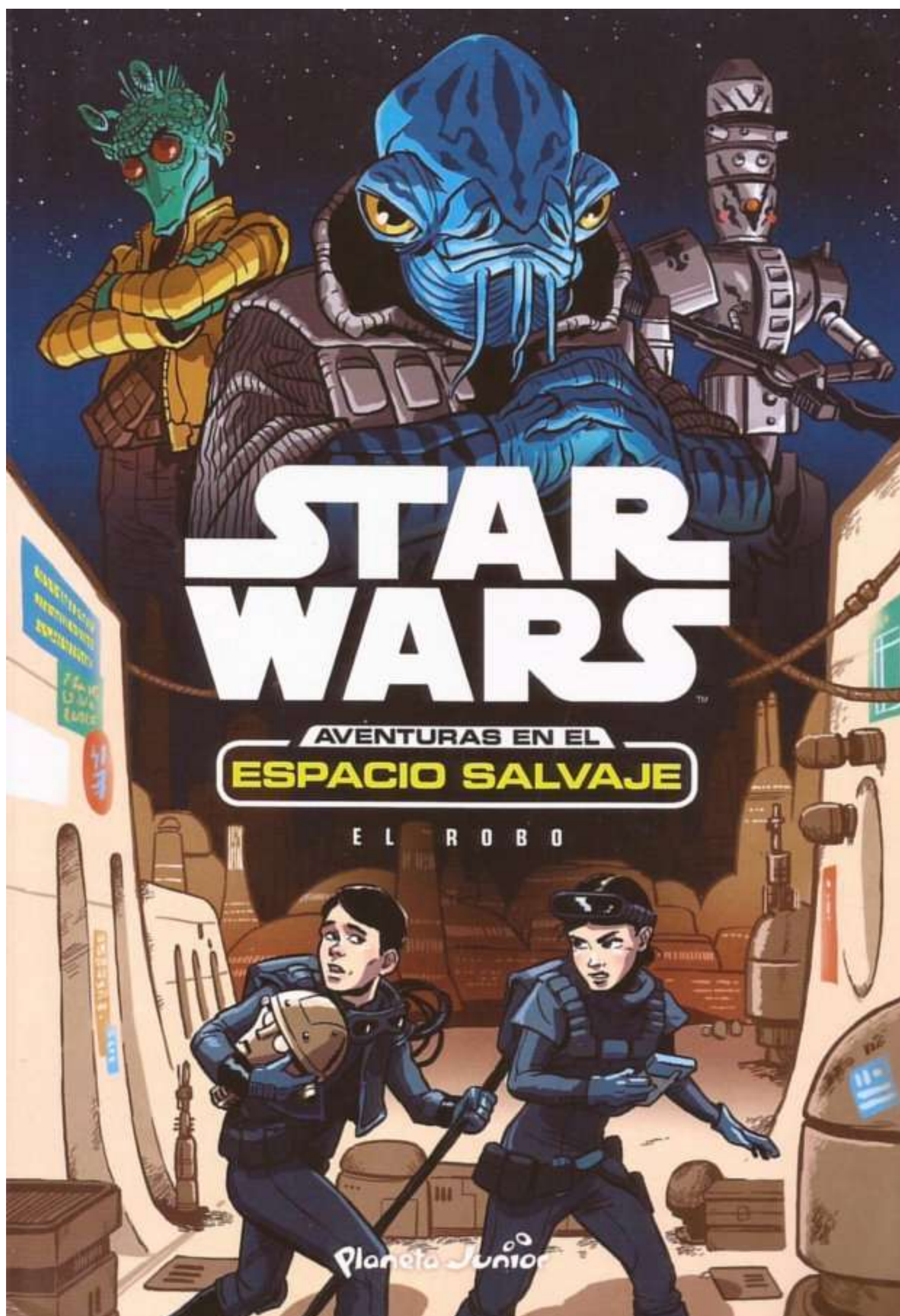

STAR WARS
AVENTURAS EN EL
ESPACIO SALVAJE
EL ROBO
Planeta Junior

Siguiendo la pista de sus padres secuestrados, Milo y Lina han llegado a Lothal en busca de un aliado.

De repente, les roban algo muy preciado para ellos y, para recuperarlo, deberán embarcarse en la misión más peligrosa hasta la fecha.

STAR WARS

AVENTURAS EN EL ESPACIO SALVAJE

Libro 4

El robo

Cavan Scott



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

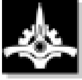
Título original: *Adventures in Wild Space: The Steal* (retitulado *Adventures in Wild Space: The Heist* en Estados Unidos)

Autor: Cavan Scott

Arte de portada: David M. Buisán

Ilustraciones: David M. Buisán

Publicación del original: junio 2016

unos 18 años antes de la batalla de Yavin

Digitalización: Bodo-Baas

Revisión: holly

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

09.11.17

Base LSW v2.21

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy muy lejana…

AVENTURAS EN EL ESPACIO SALVAJE

EL ROBO

Mientras el malvado Emperador Palpatine fortalece su férreo dominio sobre la galaxia, Lina y Milo Graf buscan a sus padres desaparecidos, secuestrados por el capitán Korda del ejército Imperial.

Navegando a bordo del *Ave Susurro* con su fiel droide CR-8R, los niños han descubierto la fuente de una misteriosa transmisión que hace un llamamiento a la rebelión contra el mismísimo Imperio. Han puesto rumbo al planeta Lothal.

Lo que Lino y Mila desconocen es que fuerzas siniestras se acercan en busca de la información secreta que se esconde en la base de datos de CR-8R…

CAPÍTULO 1

NEGOCIOS TURBIOS

El Capitán Korda frunció el ceño ante el ventanal que se abría frente a él. Un gran torbellino de un gas carmesí le devolvía la mirada.

Por la derecha de Korda, se aproximaba nervioso un oficial del Imperio, blandiendo una tableta.

—Capitán, tenemos nuevos descubrimientos para usted.

Era un espécimen patético, con un rostro carnoso y lleno de cicatrices y un vientre que ejercía una considerable presión en el uniforme gris.

—¿Y usted es…?

El joven oficial tragó saliva.

—Subteniente Jams, señor.

Korda le arrebató la tableta de sus manos temblorosas.

—Su uniforme es una deshonra, Jams. Parece como si esas botas no se hubieran limpiado en meses, el cuello está sucio y su insignia torcida.

Jams se miraba nervioso la insignia de rango de su pecho; dos cuadrados rojos sobre dos azules. Su mano rechoncha estuvo apunto de ajustar su placa, pero la retiró, pensándoselo mejor.

—Lo siento, señor. Lo haré mejor.

—Eso espero —gruñó Korda, impactando la tableta contra el pecho de Jams—. Vuelva a mi puente con ese aspecto y deseará no haber entrado nunca en la Academia Imperial.

—Sí, señor —dijo Jams tartamudeando, a punto de dejar caer la tableta antes de agarrarla—. Gracias, señor.

Korda suspiró. ¿Cómo había llegado hasta allí? No demasiado tiempo atrás, él había sido una estrella emergente del Ejército Imperial, y había recibido medallas de honor del gobernador Tarkin y misiones de Lord Vader en persona. Ahora, estaba catalogando masas gigantes de gas en los límites del Espacio Salvaje a bordo de un carguero estelar casi obsoleto. El aburrimiento era devastador, y los días se llenaban de exploraciones inútiles e informes tediosos. Incluso intimidar a su patética tripulación había perdido su encanto.

Se frotó la piel arrugada que tenía alrededor de la mandíbula metálica. La cicatriz le escocía terriblemente, otro recuerdo de su fracaso. Toda aquella vergüenza podía reducirse a dos niños: Lina y Milo Graf. Le había parecido una misión tan sencilla: arrestar a los cartógrafos Auric y Rhyssa Graf y confiscar su extenso archivo de mapas planetarios. ¿Cómo iba a saber que la mujer los engañaría escondiendo los datos en un

androide, o que los dos mocosos de los Graf escaparían tan hábilmente? Korda todavía podía oír las palabras de Lord Vader cuando le dio su informe.

—¿Has dejado que los niños se escapen?

Korda tuvo suerte de salir de la sesión informativa con vida.

Esto no podía seguir así. No pasaría el resto de su carrera en esa chatarra.

Comenzó a caminar a través del puente y se encontró a un comandante de tez oscura y expresión preocupada bloqueándole el camino.

—Señor, hemos programado otras siete horas de vuelo alrededor de Klytus V…

Korda rodeó al joven insensato y se dirigió hacia las puertas.

—Entonces no me necesitarán, comandante. Esperaré un informe completo al final de su turno. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor —contestó el comandante mientras observaba a Korda alejándose del puente.

* * *

Korda entró en su habitación privada y cerró la puerta tras de sí. Se quitó la gorra y la lanzó sobre la cama por la estrecha cabina. Tras sentarse frente a un minúsculo holoproyector, tecleó su código de acceso privado en el ordenador y abrió el canal de comunicaciones secreto que había estado usando durante las últimas semanas.

Si quería recuperar su honor, necesitaba estar informado, y rápido.

El holoproyector emitió un pitido cuando logró establecer una conexión y envió la señal de Korda al margen de las comunicaciones oficiales del Imperio.

Finalmente, después de lo que le pareció una eternidad, una imagen translúcida apareció en el aire. El capitán se encontró mirando los ojos brillantes de una figura enmascarada, que le devolvía la mirada bajo una pesada capucha.

—*Capitán, no es un buen momento…*

—Ya te he dicho que no menciones mi rango en un canal abierto —respondió Korda de forma brusca—. Yo decidiré si es conveniente o no.



El holograma inclinó su cabeza.

—*Por supuesto, señor*.

Mejor. Ya era hora de que mostrara algo de respeto.

—¿Qué has descubierto?

—*Estoy siguiendo una pista*.

Era como intentar arrancarle los dientes a unbantha.

—¿Dónde?

—*Eso no le concierne*.

—¿Que no me concierne? ¡Yo soy el que te paga!

—*Y la razón por la que mis honorarios son tan altos es porque usted insistió en que hubiera absoluta discreción. Después de todo, ¿un respetado oficial del Imperio contratando a un cazarrecompensas? ¿Qué pensarían sus superiores?*

Korda puso todo su empeño en mantener los nervios bajo control. El cazarrecompensas se burlaba de él, pero lamentablemente también tenía razón. Contratando a Shade, uno de los mercenarios más infames del Borde Exterior, Korda estaba rompiendo todas las reglas. Pero el precio valía la pena. Si Shade conseguía encontrar los mapas de los Graf, Korda podría usar los datos para hacer varios descubrimientos sorprendentes en el Espacio Salvaje. El alto mando lo recibiría de vuelta

con los brazos abiertos si lograba desenterrar una nueva fuente de energía o una mina de metales preciosos.

Y si se deshacía de los chicos Graf en el proceso, bueno…, sería un extra.

—Muy bien, esperaré un informe…

—*Entendido* —contestó Shade, finalizando la comunicación.

El holograma se desvaneció, dejando que Korda se enfureciera en silencio.

Cuando volviera a estar en el rango que le correspondía, se lo pasaría en grande ejecutando al cazarrecompensas en nombre del Emperador.

* * *

A miles de años luz de distancia, Shade cerró el holorreceptor de muñeca.

El cazarrecompensas salió de un porche destartalado, y miró arriba y abajo por el estrecho callejón. Estaba vacío, aunque se podían oír los sonidos de una calle vecina. Se encontraba en Skree, una centenaria estación espacial escondida en mitad de una nebulosa de polvo. Lejos de los ojos indiscretos del Imperio, atraía a la peor escoria de toda la galaxia. Shade se sentía como en casa.

El asesino encapuchado bajó por el callejón. Ya era casi la hora de la cita. Al llegar a una esquina, Shade se asomó y vio a Meggin, un macho alto de piel roja. El alienígena había caído en su cebo: la promesa de un regalo para su jefe, amante de los tesoros. Perfecto.

Mirando nervioso hacia los lados, Meggin entró en la vieja taberna, como estaba planeado. Esa era la señal de Shade. El cazarrecompensas cruzó la concurrida calle, siguiendo al alienígena hasta el interior del edificio medio derruido. Meggin estaba dentro, mirando confundido a su alrededor. El bar estaba vacío, justo como Shade tenía previsto.



Meggin se volvió, y sus pequeños y hundidos ojos se abrieron como platos al ver la pequeña esfera negra en la mano enguantada de Shade. Con un chasquido de la muñeca del cazarrecompensas, la esfera salió disparada por el aire hacia Meggin y le golpeó en el pecho, fijándolo en la pared como a una mariposa sriluuriana en un tablón.

—Esfuérzate tanto como quieras —le dijo Shade, caminando hacia delante—. Estás atrapado en un campo de fuerza. Ni siquiera un gundark podría liberarse.

—¿Qué quieres? —dijo Meggin tartamudeando.

—Información —respondió. Un holograma de dos niños apareció en el aire—. Milo y Lina Graf. ¿Dónde están?

Meggin negó con la cabeza.

—¡No sé quiénes son!

—Eso es mentira —dijo Sháde tranquilamente—. ¿Lo volvemos a intentar?

El mercenario pulsó un botón en el dispositivo de su muñeca. Meggin gritó de dolor mientras el orbe de metal se incrustaba cada vez con más fuerza en su pecho.

—Acabo de incrementar la presión gravitacional de la esfera. Continuará aplastándote hasta que digas la verdad.

Sin embargo, el extraterrestre de piel roja se negaba a responder. Shade pulsó el botón de nuevo y Meggin jadeó incómodo. Era sólo cuestión de tiempo.

* * *

Shade salió de la taberna poco antes de que pasaran quince minutos. El cazarrecompensas tenía las respuestas y ya estaba planeando una ruta hacia el Borde Exterior.

Los hijos de los Graf se dirigían a Lothal, y Shade los estaría esperando.

CAPÍTULO 2

LOTHAL

Lina Graf se sentó de nuevo en el asiento de piloto del *Ave Susurro* y miró hacia el planeta azul y verde que se extendía ante ellos.

Así que eso era Lothal.

Parecía pacífico, con nubes arremolinándose a lo largo de su superficie. Casi había olvidado lo que se sentía en un lugar tranquilo. La última semana había presenciado cómo su vida se ponía patas arriba. Desde que el Imperio galáctico capturara a sus padres, Lina y su hermano Milo habían escapado de tropas de asalto, cazas TIE y monstruos asquerosos. No era de extrañar que se sintiera tan cansada. Ahora, todo lo que quería era enrollarse como una bola e irse a dormir, pero eso no la ayudaría a encontrar a sus padres, ¿no?

El ordenador de navegación emitió un pitido. El *Ave Susurro* entraría en la atmósfera de Lothal en pocos minutos.

Al menos la nave estaba funcionando correctamente por una vez. El *Ave* siempre había sido muy inestable, y sobrevivía gracias a una mezcla de tecnología obsoleta y buena suerte, pero había recibido unas buenas sacudidas en los últimos días. Lina había llevado los hiperpropulsores al límite, y los sistemas parecían estar al borde del colapso. Echó un vistazo al localizador de averías de la consola central. No había ninguna luz encendida. No se había activado ninguna alarma. Quizá por eso se sentía tan incómoda. ¿Se estaba acostumbrando a que los circuitos explotaran y a las reparaciones de emergencia?

En realidad, el viaje hasta Lothal había sido sorprendentemente tranquilo. Habían dejado a Sata y Meggin en la nebulosa Skree antes de seguir las señales que habían recibido en Thune.

Los dedos de Lina recorrían los controles de comunicación en busca de la frecuencia, escondida entre los mensajes oficiales del Imperio. Al principio estaba inactivo, pero poco a poco empezó a escuchar una voz que ya le resultaba familiar. Era un hombre, hablando cerca de un micrófono.

—*Dicen que tienen nuestros mejores intereses en el corazón, pero no es cierto. Cada día desaparecen más personas. El Imperio nos está engañando. Son…*

La voz se distorsionó y se perdió en un estallido de ruido blanco. La conexión se había cortado. No importaba. Meggin les había dicho a Lina y Milo que las transmisiones procedían de Ciudad Capital, en Lothal. Quizá la persona que estaba enviando esas transmisiones podría ayudarlos a encontrar a sus padres o conocía a alguien que pudiera.

Era una posibilidad remota, pero se estaban quedando sin opciones.

Lina aceleró los motores del *Ave Susurro* un poco más.

Casi habían llegado.

Desde algún lugar tras ella, llegó un fuerte golpe seguido de un lamento electrónico.

—¿Milo? —gritó Lina, saltando de su asiento para salir de la cabina—. ¿Qué ha sido eso? ¿Es el compensador de gravedad? ¿Se ha sobrecargado?

La única respuesta que recibió fue un grito agudo de su hermano pequeño.

—¡Cuidado!

—¿Milo?

Entró en la sala de estar y se agachó al percibir que algo se le acercaba.

Frente a ella, Milo rodaba por el suelo… ¡riendo a carcajadas!

Lina se volvió a agachar cuando el pesado objeto volvió a sobrevolar su cabeza. Era su droide, CR-8R, con sus repulsores a toda máquina.

—¡Quítamelo de encima! —gritó el droide, antes de golpearse contra la pared del fondo.

—¿Quitarte qué? —preguntó Lina, antes de ver a un mono-lagarto kowakiano agarrado a la cabeza del droide. La pequeña criatura reía mientras CR-8R trataba de deshacerse de ella.

—¡Morq! —gritó Lina.

El mono-lagarto levantó la cabeza para mirarla. Dejó escapar un grito de pánico y saltó de la cabeza de CR-8R para esconderse tras Milo. CR-8R, mientras tanto, chocó contra la mesa de hologramas y se detuvo a su lado.

—¿Qué estáis haciendo? —dijo Lina con las manos en las caderas.

—Sólo nos divertimos un poco —contestó Milo riendo.

—¿Divertirnos? —exclamó CR-8R, enderezándose—. Ese saco de pulgas ha estado a punto de arrancarme mis receptores de audio.

—Bueno, ¡dijiste que no soportabas los sonidos de Morq! —respondió Milo mientras el mono-lagarto se asomaba arrepentido por su hombro—. ¡Sólo te estaba tapando los oídos por hacerte un favor!

Lina no se lo podía creer. De verdad había creído que pasaba algo con la nave. ¡Pero todo había sido otra pelea entre el droide y la mascota de Milo!

—No tenemos tiempo para esto —insistió—. Estamos en la aproximación final a Lothal. Cráter, tienes que transmitir un código de identificación falso para que los Imperiales no sepan que somos el *Ave Susurro*.

—Todavía recuerdo cuando yo solía decirles lo que tenían que hacer —dijo CR-8R con arrogancia mientras se apartaba de la mesa de hologramas.

—Es sólo que le gusta pensar que está al mando —comentó Milo, acariciando a Morq bajo la barbilla.

—Alguien tiene que ser la prudente —le espetó Lina a su hermano—. ¿Por qué no haces algo útil y te callas?

Se volvió hacia la cabina, muy consciente de que Milo le sacaría la lengua a su espalda. ¡Morq probablemente también se uniría a él!

No le importaba. Por lo menos CR-8R ya estaba en posición, conectándose al ordenador del *Ave*. Ante ellos, un carguero imperial orbitaba Lothal, pero el suministro de identidades falsas de CR-8R los engañaría para que los dejaran aterrizar.

Probablemente.

* * *

Por fortuna, el código de identificación falso funcionó a la perfección, y el *Ave Susurro* se precipitó a través del brillante cielo azul de Lothal.

Milo y Morq se habían unido a ellos en la cabina de mando, olvidando la discusión anterior al percatarse de lo que tenían delante.

Una ciudad con torres relucientes se asentaba en el horizonte, cada rascacielos se alzaba majestuoso desde el suelo como una aguja brillante.

—¿Allí es adonde nos dirigimos? —preguntó Milo.

—Ciudad Capital —confirmó Lina.

—Es bonita —dijo Milo—. Pero ¿qué se supone que es eso?

Estaba señalando más allá de los rascacielos, a una cúpula negra a medio construir. Unas grúas enormes sujetaban la estructura mientras un grupo de chimeneas lanzaban un humo espeso hacia la atmósfera.

—La nueva base imperial —informó CR-8R—, Lothal invitó al Imperio hace tres meses. De acuerdo con el canal de noticias locales, Lothal será el centro de una nueva ruta hiperespacial, para proporcionar un paso seguro a través de la galaxia.

Milo miró hacia las vastas extensiones de cultivo que se extendían bajo ellos. Unas grandes máquinas automáticas arrancaban los cultivos, despejando hectáreas y hectáreas de cereal.

—Parece que el Imperio quiere algo más que una ruta hiperespacial.

—Lothal es rica en minerales. Diría que esas granjas se están despejando para las minas —dijo CR-8R.

Lina frunció el ceño. La cúpula imperial parecía un monstruo que se alzaba tras los elegantes pináculos de Ciudad Capital. No encajaba.

—¿Es ahí hacia donde nos dirigimos? —preguntó Milo, señalando hacia un concurrido puerto espacial en el lado derecho de la ciudad.

Lina negó con la cabeza.

—Ya me gustaría. He reservado una pista de aterrizaje más barata al otro lado de la ciudad. Va a ser un buen paseo.

Milo suspiró.

—¿Porque queremos mantener un perfil bajo?

—No, porque nos estamos quedando sin créditos. Ciudad Capital es un lugar caro para visitar.

—Lo cual puede causar otro problema más —añadió CR-8R.

—¿Cuál? —preguntó Lina, aunque no quería escuchar más malas noticias.

El droide apretó un botón en el salpicadero.

—Nuestras reservas de combustible están peligrosamente bajas. Si no reponemos los depósitos de combustible pronto, es posible que ni siquiera podamos volver a despegar.

—Vamos a preocuparnos de una cosa cada vez —intervino Lina—. Puedo ver la pista de aterrizaje.

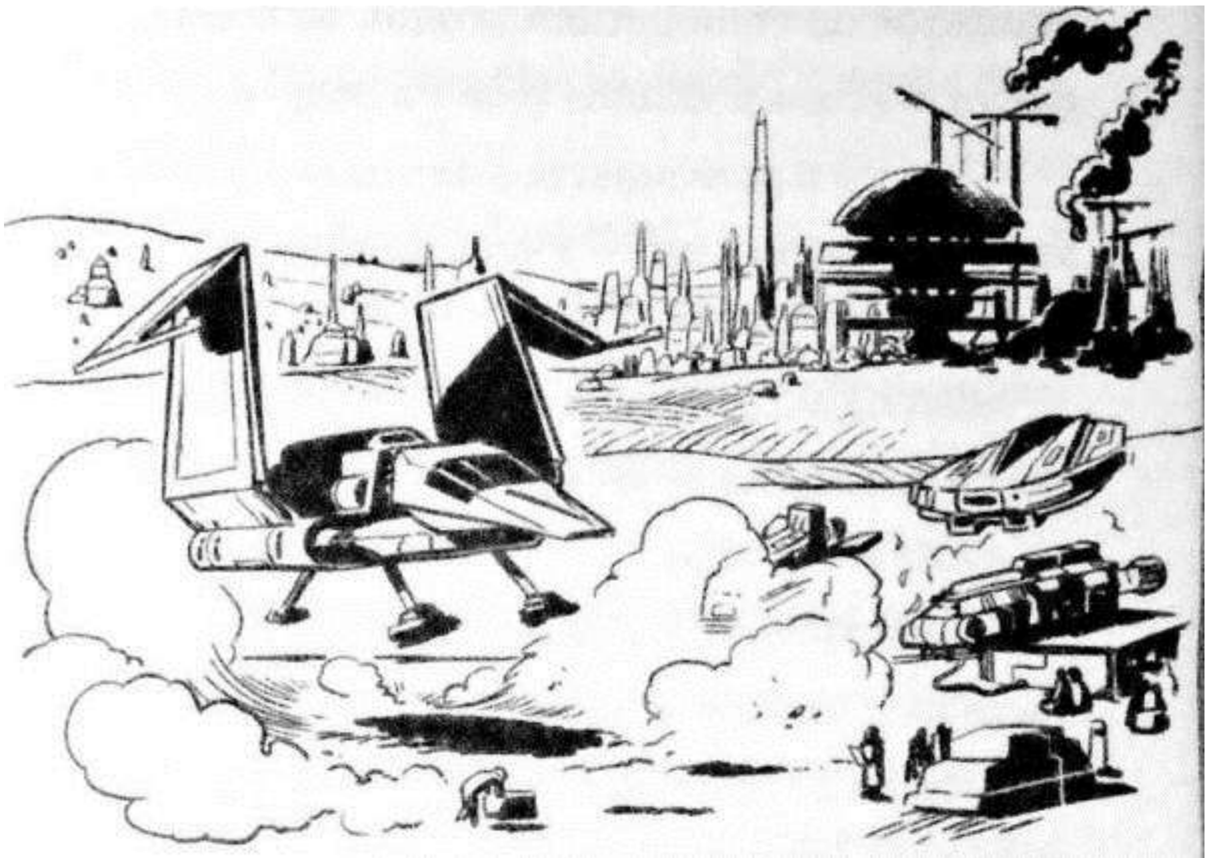
Milo siguió la mirada de su hermana a través de la ventana de la cabina.

—¿Es eso? —dijo.

~*ElAve Susurro* había dejado atrás los rascacielos y se dirigía hacia un grupo de edificios bajos y destartalados a aproximadamente un kilómetro de Ciudad Capital. En medio de las chabolas había una estrecha franja de tierra marrón salpicada de naves también ruinosas.

—Es todo lo que nos podemos permitir —le recordó Lina—. Me estoy acercando.

Con Lina a los controles, el *Ave Susurro* descendió a la perfección, y se formaron unas pequeñas burbujas de barro en la pista de aterrizaje.



—¿Y estás segura de que la nave no se hundirá en el suelo? —dijo Milo mientras bajaba con cautela por la rampa del *Ave*.

—No estoy segura de nada —admitió Lina, echando un vistazo a su alrededor.

Había alienígenas por todas partes, rodeando las naves o descansando fuera de los destartalados edificios. Lina tenía la inquietante sensación de que todos los ojos estaban puestos en ellos.

—Sugiero que sigamos moviéndonos —propuso CR-8R—. Algunos de estos personajes parecen muy desagradables. ¡Creo que prefiero pasar más tiempo con Morq que estar rondando por aquí!

Caminaron por el borde de una fangosa pista de aterrizaje, dirigiéndose hacia un camino que conducía a la ciudad.

—¿Qué hay de la transmisión? —preguntó Milo al droide—. ¿Puedes rastrearla?

CR-8R ladeó la cabeza mientras pasaban entre los primeros edificios.

—Ya ni siquiera puedo detectarla. Parece (que nuestro misterioso rebelde ha parado de emi…

La voz del droide se cortó cuando una enorme criatura apareció ante ellos. Casi doblaba en tamaño a Lina, era una pared andante de músculos, con la piel escamosa, unos cuantos ojos diminutos bajo una única ceja, y con una boca amplia y babosa sin labios.

—Buena nave —gruñó el coloso con una voz que sonaba como si pudiera sacudir planetas con facilidad.

—Gra… gracias —balbuceó Lina, cogiendo el brazo de Milo para intentar esquivar con su hermano al gigante—. Nos gusta.

El enorme alienígena les bloqueó el camino.

—Me gusta. Me la quedo.

—El *Ave Susurro* no está en venta —informó CR-8R, y el alienígena sonrió, mostrando una hilera de dientes amarillos.

—¿Vender? ¡Dádmela!

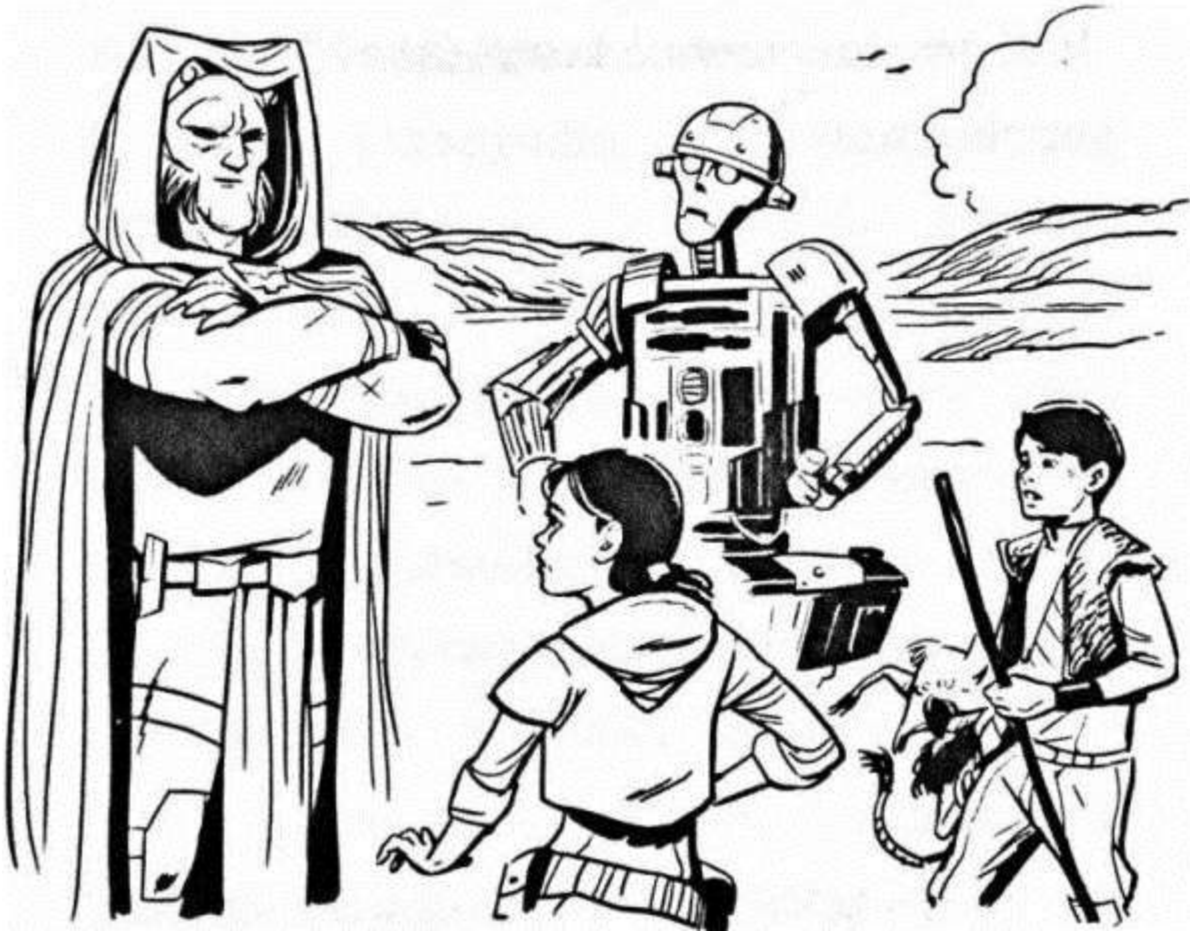
—¿Eso es justo? —dijo una potente voz tras ellos.

Los niños se volvieron, y allí estaba otro alienígena que miraba al gigante con sus ojos rojos ocultos tras una capucha. Era alto, con una complexión fuerte que cubría con una larga y pesada capa y una capucha que descansaba sobre los dos cuernos de su cabeza.

El musculoso matón retrocedió al instante.

—Lo… lo siento —tartamudeó con todos sus ojos abiertos por completo—. Culpa mía. Me he confundido de persona.

La criatura dio la vuelta y se alejó más rápido de lo que Lina creía posible.



—Gracias —dijo Lina, observando al recién llegado con lo que ella consideraba un alto nivel de inquietud.

—No hay problema —respondió—. Éste no es un lugar seguro para los niños. Deberíais venir conmigo.

CR-8R puso una mano metálica en el hombro de Lina.

—Gracias por su simpática oferta, pero estoy seguro de que nos podemos apañar.

El droide comenzó a empujar a Milo y Lina por el camino.

—Por supuesto —dijo el enastado alienígena mientras se despedía con la mano—. De todas formas, no es que necesitéis ayuda para encontrar la transmisión.

Milo se dio la vuelta hacia el alienígena, que sonreía como un lobo danoriano.

—¿Cómo sabes que estamos buscando una transmisión?

El alienígena se quitó la capucha, revelando así dos orejas puntiagudas, cada una de ellas ornamentada con aros de oro.

—No podría dejar de oír aunque quisiera, muchacho —murmuró—. La pregunta es si vais a confiar en mí o no.

Lina dio un paso adelante.

—¿Puedes llevarnos ante la persona que está emitiendo las transmisiones?

La sonrisa del alienígena se hizo más amplia.

—No personalmente, pero conozco a alguien que puede ayudar. Por el precio adecuado, por supuesto.

—¿Y cuánto es eso? —dijo Lina, tratando de mantener su voz firme.

El alienígena asomó la lengua rosada por entre sus dientes afilados.

—Eso es algo que tendréis que preguntar a mi jefe.

—¿Su jefe? —repitió CR-8R—. ¡Ni siquiera sabemos quién es usted, señor!

—Mis disculpas. Qué maleducado por mi parte. —El alienígena hizo una reverencia—. Cikatro Vizago, a vuestro servicio.

CAPÍTULO 3

CAJA DE ESPERANZAS

—¿Estás segura de que esto es una buena idea? —preguntó Milo mientras volaban por la carretera en dirección a la ciudad.

—No —respondió Lina. Tras las presentaciones, Vizago había subido a los niños y a CR-8R a la parte trasera de un *speeder* terrestre que ahora se alejaba zumbando de la pista de aterrizaje—. Pero ¿qué elección teníamos?

—Podríamos haber vuelto a la nave y habernos marchado —intervino CR-8R—. Si primero no hubiéramos cometido el error de gastar nuestro combustible viniendo aquí.

—Esto no será un error si nos ayuda a encontrar a mamá y papá —lo regañó Lina.

Vizago miró por encima de su hombro.

—¿A quién estáis buscando?

—No importa —dijo Lina, que no estaba dispuesta a revelar demasiados secretos al extraño—. Sólo necesitamos descubrir quién está detrás de esas transmisiones.

Vizago rio.

—Eso es lo que todo el mundo quiere saber. Especialmente los Imperiales. El viejo Azadi se está quedando sin tiempo.

—¿Quién? —preguntó Milo, dirigiéndose al piloto.

—¡El! —dijo Vizago, apuntando a una gran pantalla holográfica en el lateral de un rascacielos. La cara de un hombre severo los miraba desde allí—. Ryder Azadi, gobernador de Lothal. El Imperio le dio un mes para encontrar y capturar a quienquiera que estuviera haciendo esas transmisiones.

—Pero tú has dicho que tu jefe puede encontrarlo.

—Mi jefe puede encontrar cualquier cosa.

—Entonces ¿por qué no se lo dice al Imperio?

Vizago echó la cabeza atrás y rio.

—¿El jefe trabajando con el Imperio? No llegará ese día. Creo que sería más feliz si se marcharan y no volviera a verlos nunca. —La sonrisa de Vizago vaciló un segundo—. Que espere sentado.

El *speeder* terrestre giró en una esquina. Ya estaban en medio de la ciudad, y las torres se extendían sobre ellos. Las personas iban y venían por todos lados, las motos *speeder* y los deslizadores se esquivaban entre sí por las carreteras.

Todo parecía limpio y nuevo, nada que ver con los suburbios donde habían aterrizado.

De vez en cuando, por entre las torres, Milo echaba un vistazo al edificio imperial que estaban construyendo al otro lado de la ciudad.

—Si nadie los quiere, ¿por qué Lothal ha invitado al Imperio? —preguntó.

—Como si tuviéramos alternativa. Ciudad Capital puede tener buen aspecto, pero lo cierto es que el planeta estaba destrozado. Lothal solía vender cultivo por toda la galaxia, pero desde las Guerras Clon, bueno, la gente ya no se puede permitir importar comida. Todos los clientes de Lothal empezaron a buscarse la vida. Sin entrada de dinero, el planeta no tardó en tener problemas.

—Y el Imperio llamó a la puerta —dijo Lina en voz baja.

—Les dimos la bienvenida con los brazos abiertos, la solución a todos nuestros problemas.

Notaron en la voz de Vizago que el alienígena no creía ni una palabra de lo que estaba diciendo.

—Ahora están aquí, y no hay forma de deshacerse de ellos. Pero oye, los créditos imperiales son tan buenos como otros. Al jefe no le importa demasiado, siempre y cuando el dinero siga llegando.

—Todavía no nos has dicho a qué se dedica tu jefe —apuntó Lina.

—Tienes razón, no lo he hecho —respondió Vizago, frenando el *speeder* terrestre—. Puedes preguntárselo tú misma.

—¿Por qué paramos aquí? —preguntó Milo cuando se detuvieron junto aun gran almacén.

—Porque aquí termina la carretera.

Vizago saltó del *speeder* y se ruborizó de orgullo ante un gran cartel que recorría todo el lateral del edificio.

—Almacenes Cuernos Gemelos —leyó con orgullo—. Mi pequeño imperio propio.

—¿Posees una compañía de almacenamiento? —le preguntó Lina mientras salía de un salto.

—Sí y no. Vamos.

El alienígena se dirigió hacia la gran puerta principal.

—¿Podemos confiar en él? —susurró Milo a su hermana mientras lo seguían y Morq se aferraba a su cuello.

—¡No! —insistió CR-8R, aunque Lina se limitó a encogerse de hombros.



—Tu suposición es tán buena como la mía, pero no tenemos a nadie más a quien preguntar.

Vizago se detuvo junto a la puerta y esperó a que llegaran.

—Por aquí, por favor, aunque la rata tendrá que quedarse fuera.

Milo se cruzó de brazos.

—¿Rata?

—Esa cosa —dijo Vizago, apuntando a Morq—. El jefe es alérgico a los monos-lagarto. Los suele usar como diana para practicar.

Morq chilló y subió por la espalda de Milo.

—Mejor espera aquí —dijo Milo, intentando apartar al mono-lagarto de su cuello—. No tardaremos, te lo prometo.

—Permítame. —CR-8R ganó altura y alargó uno de sus brazos manipuladores hacia el animal. Morq gruñó y saltó de la espalda de Milo. Aterrizó en la pared ondulada del edificio y escaló hasta el tejado.

—Eso está mejor —dijo Vizago, guiándolos a través de la puerta.

Entraron en una gran sala de recepción, donde un par de droides dorados estaban sentados tras un escritorio. Vizago se acercó a los robots.

—Traigo a algunos amigos para ver al jefe.

El primer robot sacudió la cabeza, emitiendo una serie de pitidos y silbidos electrónicos.

—No me importa que esté ocupado. Él querrá ver a estos chicos, ¿vale?

El droide continuó discutiendo, pero a Vizago no le importaba.

—Escucha. O me dejas entrar con mis amigos, o probaré mi nuevo bláster en tu cabeza.

Para dar más fuerza a su argumento, la mano de Vizago bajó hasta la funda de su cadera.

Los dos droides se intercambiaron silbidos, antes de que la puerta se abriera tras ellos.

—Gracias —se burló Vizago mientras pasaba junto a ellos.

—¿No decías que este sitio te pertenecía? —recordó Milo, siguiendo al alienígena—. ¿No deberían hacer lo que digas?

Vizago se detuvo junto a la puerta.

—No hagas demasiadas preguntas, niño. Ahora, pasa por el arco.

Milo hizo lo que le decía, y una luz roja lo envolvió mientras pasaba. Vizago revisó una pantalla instalada en la pared.

—Estás limpio. Sin armas. Ahora tú, niña.

Señaló a Lina, que se acercó a su hermano. La luz roja parpadeó, aunque esta vez también emitió un pitido de advertencia. Vizago frunció el ceño.

—Vale, manos arriba.

—¿Para qué? —protestó Lina, a pesar de que inconscientemente ya había obedecido.

Vizago se acercó a ella y le agarró el cinturon. Abrió una bolsa y sacó una de las herramientas que llevaba a todas partes.

—¿Qué es esto? —preguntó, toqueteando su botón de encendido. Una pequeña hoja láser apareció en la punta.

—Sólo mi cortador láser.

Vizago la miró con sospecha.

—¿Por qué necesitas una herramienta para cortar?

Milo se apresuró a defender a su hermana.

—Tú nunca has viajado en nuestra nave. Lina siempre tiene que arreglar cosas.

Vizago miró a Lina de arriba abajo, analizándola.

—Una pequeña ingeniera, ¿no?

—Lo intento —dijo, levantando la barbilla.

Puso el cortador en la mano de Lina.

—Guárdatelo en el cinturón, ¿vale? —le pidió, regresando a los controles antes de dirigirse a CR-8R—. Eres el siguiente, droide.

CR-8H vaciló.

—Le puedo asegurar que no tengo nada que esconder.

Vizago levantó una ceja.

—Es el escáner o desmontarte pieza a pieza…

Gruñendo, Cráter cruzó la puerta.

—Oh, muy bien.

Vizago sonrió cuando la pantalla volvió a sonar.

—Perfecto —dijo mientras leía los resultados del escáner—. Absolutamente perfecto.

—No le digas eso —murmuró Milo entre dientes—. ¡Ya se lo tiene bastante creído!

—Lo he oído, señor Milo —se quejó CR-8R.

—Creo que ésa era la intención —dijo Vizago, guiñando un ojo a Milo—. Vamos.

Los llevó a una amplia cámara llena de cajas apiladas, cada una del tamaño de un *spee-der* terrestre. Llegaban hasta el techo de la sala y cada caja tenía el mismo tamaño, con los lados de metal y sin marcas.

—¿Impresionados? —preguntó Vizago, viendo sus caras sorprendidas.

—Hay muchas —dijo Lina—, cientos y cientos.

—¿Qué hay en ellas? —preguntó Milo.

Vizago se rascó un lado de la nariz.

—Eso es algo que yo sé y que tú nunca descubrirás.

Se acercó al arco y pulsó un interruptor junto a lo que parecía una especie de botón de alarma. Una persiana se deslizó hacia abajo y los dejó encerrados.

Junto a Lina, CR-8R hizo un ruido irritado.

—¡¿Se supone que tenemos que sentirnos intimidados, señor?! —gritó el droide—. No engaña a nadie.

Vizago miró al droide con una expresión divertida.

—¿No?

—Ese arco de seguridad es militar, demasiado sofisticado para una compañía de almacenamiento de pacotilla.

—Oh, ¿ahora somos una compañía de pacotilla?

—No —continuó el droide, ignorando a Lina, que intentaba hacerlo callar—. Es peor que eso. Es un estafador. Este negocio es obviamente la tapadera de algún tipo de trama criminal.

La sonrisa de Vizago se desvaneció.

—¿Y qué te hace pensar eso?

El droide apuntó al alienígena con un dedo metálico.

—Su compañía es tan falsa como usted, Cikatro Vizago. Sólo he tenido que comprobar el registro galáctico. De acuerdo con el registro de impuestos, Almacenes Cuernos Gemelos obtuvo poco o ningún beneficio el año pasado. ¿Quiere saber lo que hay en las cajas, señor Milo? Apostaría a que no son más que armas y propiedades robadas. ¡Esto es un antro de contrabando!

—¡Y ésta es la *Venganza de Vilmarh*! —gritó Vizago, con un bláster en su mano. Estaba apuntando directamente al droide—. Es un regalo del jefe, antiguo pero potente. Manten tu vocalizador cerrado o te separaré la cabeza de los hombros, ¿entendido?

—No puedes hacer eso —dijo Lina, poniéndose entre Vizago y el droide.

—¿No puedo? —se burló el alienígena—. Sí, no me muevo dentro de los límites de la ley, pero ¿sabes qué?, tampoco lo hacen tus misteriosos locutores. ¿Y qué pasa con dos niños y un droide huyendo del Imperio? ¿Qué me decís de eso?

—¿Cómo sabes que el Imperio nos está siguiendo?

Su sonrisa regresó.

—No lo sabía, hasta ahora. De todas maneras, yo no continuaría con lo que estéis llevando a cabo.

Vizago volvió a meter su bláster en la funda y caminó hacia la consola de control.

—Vale, yo no sé lo que hay en todas esas cajas —admitió, abriendo un panel con un teclado—. Eso es cosa del jefe, pero sé que cada caja tiene su propio código. Se pone aquí y…

Tecleó un código de cinco dígitos con una uña afilada. Sobre ellos, una de las cajas se deslizó suavemente fuera de su pila.

—¡Tiene repulsores! —indicó Lina.

—Los tienen todas —dijo Vizago mientras la caja descendía hasta ellos—. Metes el código y consigues tu caja. Inteligente, ¿verdad?

La enorme caja aterrizó con delicadeza, con sus repulsores zumbando.

Vizago sonrió, antes de lanzar un grito al interior del almacén.

—Oye, Rom, ¿estás ahí?

Unos pasos sonaron a modo de respuesta, y un alienígena verdoso salió del interior. Era un rodiano con grandes ojos redondeados y un prominente hocico. A medida que se acercaba, el alienígena iba sacando un bláster con el que apuntó hacia los niños.

—No os preocupéis por Rom —dijo Vizago—. Sólo está aquí para mantener los contenidos de las cajas en buenas condiciones y seguros.

—Seguros —repitió Rom lentamente.

—¿Sí? —dijo Milo—. ¿Qué hay en ésa?

—Nada todavía —respondió Vizago, abriendo la caja y revelando un espacio vacío—. Entrad, ¡ahora!

CAPÍTULO 4

RASK ODAI

—¿Quieres que nos metamos ahí? —preguntó Lina, mirando hacia la caja vacia.

Vizago soltó una carcajada y se volvió hacia el rodiano.

—Es avispada, ¿eh, Rom?

El alienígena hocicudo imitó la risa de Vizago.

—Sí, ¡astuta!

—¿Y qué pasa si no queremos? —desafió Milo.

Ahora el arma de Vizago volvía a estar en su mano.

—¡Nosotros somos los que tenemos los blásters, niño! ¿Qué crees que pasará?

Milo estaba harto de amenazas. Miró detrás de Vizago y Rom, y pronunció una sola palabra gritando:

—¡Morq!

Los dos alienígenas se volvieron despacio, esperando ver al mono-lagarto tras ellos, pero era la distracción que Milo necesitaba. Corrió rodeando la caja vacía y se dirigió hacia una pila. No tenía ni idea de adonde ir o de qué encontraría. Quizá hubiera otra salida. Si lograba salir del almacén, podría ir en busca de ayuda. Sí, ése era el plan.

Rodeó una pila cercana para acabar encontrándose ante otro montón de cajas. Giró a la derecha y después a la izquierda. Sólo había más cajas por todos lados, apiladas hasta el techo. Era como estar en un laberinto.

Escogió una dirección y corrió en línea recta, pasando junto a columnas y columnas de cajas. Entonces, sin previo aviso, una caja se deslizó hasta interponerse en su camino. Milo derrapó, sin lograr colarse por el lado. El sonido del impacto resonó por todo el almacén.

Tomó el camino de vuelta y se topó con otra caja que se deslizaba hasta bloquearle el camino. Más cajas se acercaban por ambos lados, encerrando a Milo. Tenía que ser Vizago, dirigiéndolas a distancia. Milo saltó para intentar subir por un lado de la caja que tenía delante, pero el fino metal era demasiado resbaladizo. Estaba atrapado, sin ningún lugar al que dirigirse.

—No está mal —dijo una voz desde arriba. Milo alzó la mirada y vio a Vizago sobre una caja suspendida en el aire—. Tienes entusiasmo. Al jefe le gustará.

—No me ha llevado muy lejos —gruñó Milo, con la mirada fija en su captor.

—No te atormentes, chico —dijo Vizago con una sonrisa—. Somos profesionales. Haría falta algo más que un cachorro como tú para ganarnos.

* * *

Vizago llevó a Milo de vuelta con su hermana y CR-8R. Lina lo rodeó con los brazos y lo estrechó.

—¿En qué estabas pensando, Milo? ¡Podrían haberte disparado!

Sabía que había sido una estupidez, pero tenía que intentarlo, aunque no les había hecho ningún bien. Rom los guio hacia el interior de la caja, siguiéndolos de cerca a través de la puerta, sin bajar el bláster. Milo se tapó la nariz. El interior apestaba a pescado podrido.

—Disfrutad del viaje —dijo Vizago desde fuera.

—Espera —suplicó Lina—. ¿Qué vais a hacer con nosotros?

Sonriendo, Vizago apretó un botón a un lado de la caja y la puerta se cerró, sumiéndolos en la oscuridad. Milo corrió hacia delante y golpeó la puerta cerrada.

—¡Déjanos salir! ¡Suéltanos!

Las luces del techo se encendieron parpadeando e iluminaron el claustrofóbico lugar.

—Lejos de la puerta —gruñó Rom, mientras la caja se tambaleaba y los repulsores se encendían con un chirrido.

Fuera, se podían oír los pitidos del teclado mientras Vizago introducía un código más largo, de ocho dígitos.

—Nos movemos —dijo CR-8R avanzando para sujetar a Milo, que había tropezado por el movimiento repentino de la caja.

Milo se enderezó. Se sentía como si estuviera flotando en el aire.

—No podéis retenernos aquí dentro —le dijo Lina a Rom—. Tenemos amigos que saben que estamos aquí —mintió—. Amigos grandes. Con blásters más grandes que los vuestros.

—Me gustan los blásters —comentó Rom, sin comprender.

Lina se unió a su hermano y al droide, seguida por Rom.

—Cráter —susurró—. ¿Puedes salir de aquí?

CR-8R se volvió para mirar las paredes de la caja.

—No lo sé. Eso parece duramantio, uno de los metales más duros de la galaxia.

Lina suspiró.

—Lo que significa que mi cortador láser también será inútil.

CR-8R asintió.

—Por desgracia, ese matón verrugoso nos dispararía antes de que pudiéramos hacer una abolladura.

—Rom dispara rápido —comentó el rodiano.

Milo suspiró. Obviamente los oídos de Rom estaban en perfecto estado.

La caja se movió bajo sus pies, cambiando de dirección.

Lina se volvió hacia el rodiano.

—¿Adónde nos lleváis?

—Sí —dijo Milo—. ¿Y por qué te ha metido aquí también?

Rom no contestó.

—¿Puedes entenderme? —dijo Milo, más alto y más lento—. Por. Qué. Estás. Aquí. Dentro.

—Rom no atrapado —contestó el alienígena—. Vosotros tampoco atrapados.

—Bueno, pues a mí me parece que sí —comentó CR-8R, antes de que una repentina sacudida lo obligara a ajustar sus repulsores. Milo cayó junto a Lina, que lo agarró. Habían parado.

—¿Ahora qué? —preguntó Lina.

—Ahora vosotros conocéis jefe —le informó Rom mientras la puerta se abría dando paso a una larga y angosta habitación.

Sin pronunciar otra palabra, el rodiano avanzó por una gruesa alfombra.

—Supongo que tenemos que seguirlo —dijo CR-8R, mientras lo hacía.

La habitación estaba construida con cuatro o cinco cajas atornilladas. Teníalas mismas luces en el techo, aunque las paredes estaban decoradas con obras de arte exóticas y pinturas de escenarios marinos y mundos submarinos. En el otro extremo había un escritorio ricamente tallado con una gran butaca. Sobre el escritorio, media docena de plataformas zumbaban en el aire como insectos. Cada una guardaba antigüedades muy valiosas: cristales gigantes, una caja de metal adornada, un guante de armadura… Sin embargo, los ojos de Milo estaban fijos en la enorme figura que estaba tras el escritorio.

—Oh, oh… —dijo CR-8R en voz alta, con el sintetizador de voz vibrando—. Un droide asesino IG.

—Sí, Cráter —dijo Lina, intentando hacer que se callara.

—No lo entiende, señorita Lina —continuó CR-8R de todas formas—. Los droides asesinos son increíblemente peligrosos. Son arsenales andantes, armados con lanzagranadas y lanzallamas.

—Sí, Cráter. Es suficiente.

—Aunque siempre he estado un poco celoso de sus cables a prueba de ácido. Siempre he querido te…

—¡Cráter, cállate! —gritó Lina.

—Droide habla mucho —dijo Rom, deteniéndose junto a la mesa.

—A nosotros nos lo vas a decir —respondió Milo, antes de volverse hacia el droide asesino—. ¿Eres el jefe?

—*¡No, él no!* —dijo una voz a través de unos altavoces ocultos. Milo miró alrededor en busca del propietario de la voz.

—¿Quién ha dicho eso?

—*¿En serio crees que el IG-70 es el jefe?* —continuó la voz, mientras un panel se abría en una de las paredes.

Milo tragó saliva. Más allá de la pared vieron un tanque de agua salada y amarilla, retenida por un campo de fuerza. Nadando en aquel líquido oscuro se hallaba una figura imponente, con unos ojos protuberantes a los lados de una cabeza ahuevada. Milo identificó de inmediato al alienígena como oriundo de Mon Cala. El *Ave Susurro* había

visitado el planeta acuoso cuando Milo era pequeño, y su padre había hecho muchos amigos entre los mon calamari cuando empezó a explorar el Borde Exterior.

Éste parecía de todo menos amistoso.

—Jefe —les informó Rom amablemente.

Mientras tanto, el alienígena salía nadando por la barrera de energía que evitaba que el agua inundara la habitación. Goteando sobre la valiosa alfombra, el mon calamari se acercó al escritorio y se sentó mojando el sillón.



—¿Jefe tiene buen baño?

—No, no lo tengo —respondió irritado el alienígena—. El agua está estancada. Recíclala, ¿de acuerdo?

Rom hizo lo que le ordenó, pulsando un botón junto al tanque. Tras el campo de fuerza, el líquido oscuro desapareció para ser reemplazado por agua mucho más limpia.

—Ahora —dijo el mon calamari, olisqueando el aire—. ¿Quiénes sois? ¿Y por qué oléis a mono-lagarto?

—¿Que quiénes somos? —repitió Milo, sonando más valiente de lo que en realidad se sentía—. ¿Quién eres tú?

Las fosas nasales del alienígena se abrieron, y se volvió hacia Rom.

—Esto es por lo que no me gustan los niños —balbuceó—. Babosas impertinentes.

—Babosas. —Rom repitió las palabras como si no entendiera nada de lo que su jefe acababa de decir.

El mon calamari se inclinó hacia delante, y se empezó a formar un charco con el agua que resbalaba por sus codos.

—Yo soy Rask Odai, y éste es mi planeta.

—Pensaba que el planeta era del Imperio —apuntó Lina.

—Eso es lo que les he dejado que piensen. —Agitó una mano con membranas como si despidiera a un molesto sirviente—. Oh, ellos pueden preocuparse de gobernar y de las leyes y del orden. Eso es demasiado aburrido para mí. Yo estoy más interesado en las cosas importantes de la vida. —Sonrió, mostrando unas encías desdentadas—. ¡Como el dinero!

Los ojos saltones de Odai estuvieron fijos en CR-8R durante todo el tiempo. Milo pudo ver al mon calamari relamiéndose. Se estremeció. ¿Es que ese bicho raro con olor a pescado comía droides, o qué?

Con los ojos mojados todavía clavados en el droide, Odai les preguntó qué era lo que querían.

—¿Vizago no te ha dicho por qué estamos aquí? —preguntó Lina.

—Si lo hubiera hecho, ¡no os lo preguntaría! —exclamó Odai levantando la voz.

—Lo… lo siento —dijo Lina mientras levantaba las manos a modo de disculpa.

Le explicó al gánster qué les había llevado a Lothal, cómo estaban buscando la fuente de las transmisiones rebeldes.

—¿Eso es todo? —preguntó Odai, rasgando las largas hojas que colgaban de su labio inferior—. Eso es fácil.

—Fácil —repitió Rom.

Odai abrió uno de los cajones del escritorio y sacó un dispositivo portátil.

—Supongo que ninguno de vosotros entiende de frecuencias de comunicación, ¿verdad? —comentó el criminal.

—Liná sí —interrumpió Milo—. Ella es muy buena con las máquinas.

—¿Lo es? —dijo Odai, señalándola con el dedo.

Lina se acercó con cautela, bajo la atenta mirada del droide asesino.

Odai encendió el escáner, que empezó a emitir un ruido estático por los altavoces. Lina rodeó la mesa para ver qué estaba haciendo el mon calamari. De repente, se escuchó una voz, culta y fría.

—*Todas las tropas a los barracones. El entrenamiento comenzará a…*

Odai giró otro botón y la voz desapareció de nuevo.

—Usamos estas frecuencias para escuchar a nuestros vecinos Imperiales —explicó—. Sólo por si hacen algo interesante. Podéis utilizar un escáner como éste para buscar otro tipo de conversaciones, canales que sólo usan los droides para comunicar…

Otra voz surgió del aparato, pero esta vez no era un mensaje del Imperio.

—*Estaremos de nuevo en las ondas más tarde* —decía—. *Mientras tanto, defended lo que creéis, no lo que el Emperador os dice que penséis. Nacisteis libres. Conservad vuestra libertad. Atesoradla.*

—Es él —dijo Milo, emocionado—. ¡Ésa es la transmisión!

Odai pulsó unos cuantos botones, mostrando a Lina cada paso del proceso.

—Así consigues que el escáner bloquee la señal, y podrás rastrearla, ¿ves? Como un detector. —El dispositivo empezó a emitir pitidos rítmicamente—. Cuanto más cerca de la fuente de la emisión estés, más fuerte será el pitido.

—Esto es genial —admitió Lina.

Odai estampó el escáner contra la mesa.

—Lo sé. Ahora, hablemos del precio…

—¿Precio? —dijo con nerviosismo, mirando a su hermano—. Vizago no nos dijo que tuviéramos que pagar.

—¿Qué creéis que soy? ¿Una organización benéfica? —se burló Odai—. Os he dado lo que queríais, ahora tenéis que darme algo a mí.

—Pero no tenemos dinero —intentó argumentar Milo—. No mucho al menos.

—No quiero vuestros créditos.

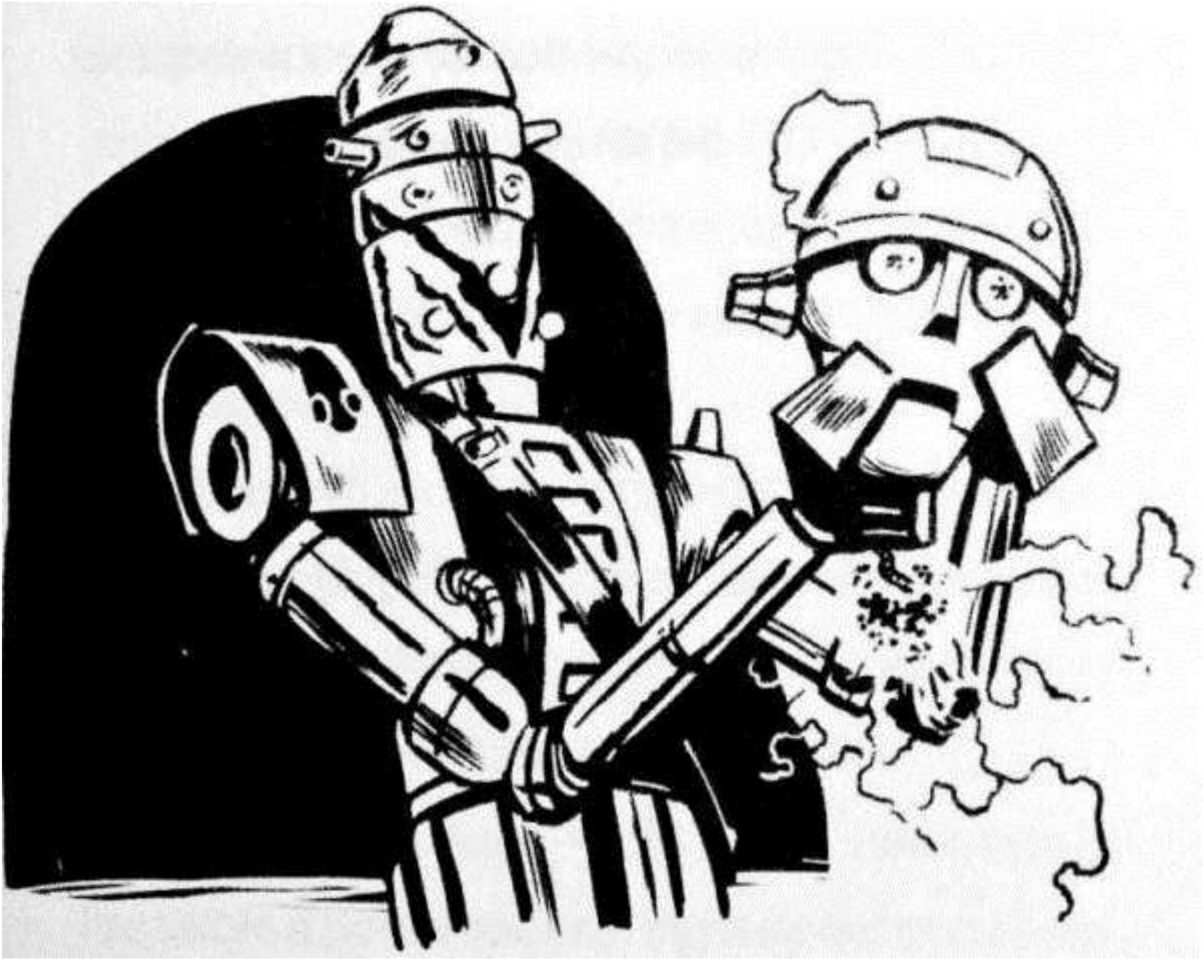
—Entonces ¿qué quieres? —preguntó Lina. Odai se volvió hacia el droide asesino.

—¿IG-70?

El droide asintió.

—Entendido.

Sin pronunciar otra palabra, el gran droide salió de la parte trasera de la habitación y se dirigió hacia Milo y CR-8R.



—¿Qué va a hacer? —preguntó Lina al mon calamari.

—Coger mi pago —respondió Odai, entrelazando los dedos.

—Deténgase —advirtió CR-8R, poniéndose delante de Milo—. No le dejaré que haga daño a estos niños.

—Entendido —repitió IG-70 mientras levantaba un brazo con una gran tenaza.

Agarró la cara metálica de CR-8R. Con un gruñido electrónico, el droide asesino separó la cabeza de CR-8R de sus hombros.

CAPÍTULO 5

EL *FESTÍN MÓVIL*

—¡¿Qué estás haciendo?! —gritó Milo mientras saltaban chispas del cuello de CR-8R.

Los brazos del droide decapitado cayeron como un peso muerto a la vez que el IG-70 preparaba el trofeo de Odai.

Milo avanzó e intentó recuperar la cabeza de CR-8R, pero el droide asesino lo derribó sin ningún esfuerzo.

—Dámelo —ordenó Odai con los brazos extendidos. Cogió la cabeza de las manos del IG-70 y la giró con sus dedos—. Sí, sí. Esto es perfecto. Absolutamente perfecto.

—Devuélvenosla —dijo Lina, intentando lanzarse a por la cabeza, pero se detuvo al encontrar el bláster del IG-70 apuntando hacia ella.

—Información: se va a quedar quieta —murmuró el droide.

Lina retrocedió a regañadientes y levantó las manos.

—Pero ¿qué vas a hacer con la cabeza de Cráter? —preguntó Hilo desde el suelo.

—¿Estás de broma? —dijo el mon calamá-ri, humedeciéndose los sebosos labios con su lengua rosada—. Esto es una cabeza original de droide arquitecto. Un Mark IV. No había visto ninguna en décadas.

—¿Y qué? —insistió Lina—. Pertenece a CR-8R, ¡no a ti!

—Es el pago por los servicios prestados —respondió Odai—. Vosotros tenéis vuestra transmisión y yo tengo la cabeza del droide. Es lo justo.

—¡Pero eso no tiene ningún valor para ti!

—¿No tiene ningún valor? Ésta será la joya de mi colección. —Movió su otra mano para mostrar los tesoros de las plataformas flotantes—. Tendrá un puesto de honor.

—¿Entre esa basura? —se burló Milo.

—¿Basura? ¡Esto no es basura! Tengo la mejor colección de artefactos de la Antigua República de este lado de Nar Shaddaa. Esta cabeza estaba desaprovechada en vuestro droide. Es una antigüedad.

Abrió otro cajón del escritorio y sacó una plataforma flotante. Colocó la cabeza de CR-8R sobre el pedestal, pasó un dedo alrededor de la plataforma y balbuceó orgulloso mientras la plataforma se alejaba de sus manos y se unía al resto de su colección.

—¡No! —gritó Milo, abalanzándose sobre el escritorio—. No puedes ir robando las cabezas de la gente.

Un brazo le rodeó el cuello y lo apartó mientras presionaba un bláster contra su cabeza. Era Rom. Notaba la respiración del rodiano junto a su oreja.

—Jefe puede hacer lo que quiera.

—Además —añadió Odai, admirando su última adquisición—, yo no he robado nada. Es un trato legítimo. ¡Ahora, sacad a estas babosas de mi vista!

* * *

Por las calles de Lothal, una figura encapotada iba y venía en una moto *speeder*.

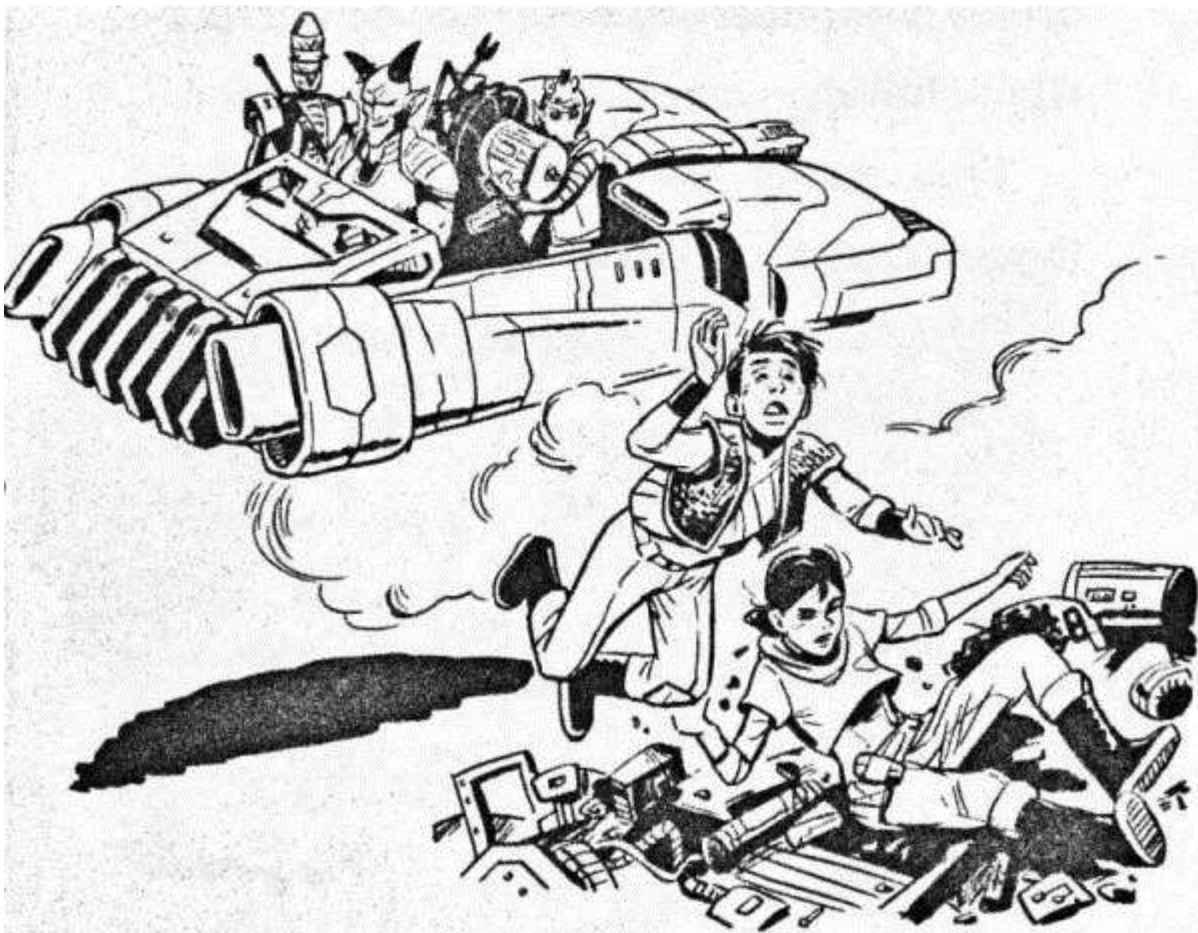
Mientras escudriñaba las calles, el comunicador de su muñeca vibró. Levantó el dispositivo ante su rostro encapuchado.

—¿Los has encontrado? —preguntó una voz a través del comunicador.

—Todavía no —contestó—. ¿Estamos seguros de que están aquí?

Antes de que su contacto pudiera responder, un *speeder* terrestre lo adelantó a toda velocidad. El hombre apoyó la moto *speeder* en un callejón para observar al *speeder* terrestre detenerse.

La nave estaba pilotada por un devaroniano, un alienígena con cuernos, acompañado de un rodiano y un viejo droide asesino. Ante la atenta mirada del hombre, los dos alienígenas lanzaron a un chico y a una chica fuera del *speeder* terrestre. Los niños aterrizaron en el suelo mientras el rodiano se preparaba para lanzar maquinaria vieja desde el vehículo. No, no era sólo maquinaria obsoleta, era un droide al que le faltaba la cabeza, por el aspecto que tenía. Se sostenía, sin vida, sobre sus repulsores.



—Por favor —decía la chica—. ¡No lo hagáis!

—¿Vais a detenernos? —preguntó el devaroniano, soltando una carcajada cuando el droide decapitado salió volando del *speeder*—. Ahora haceos un favor, niños. ¡No volváis!

Tras eso, los tres canallas se alejaron, dejando a los niños tendidos junto a la carretera.

El hombre habló hacia el comunicador.

—¿Los ves?

—Sí —le respondieron.

—¿Los capturo?

—Todavía no —le dijo la voz—. Necesitamos estar seguros…

* * *

El camino de vuelta a la pista de aterrizaje había sido largo. Cuando llegaron a la zona de las chabolas, Milo y Lina tenían los pies doloridos y los ánimos por los suelos. Habían empezado el camino hablando animadamente de lo que le harían a Rask Odai cuando

volvieran a verlo, imaginando toda clase de venganzas, pero sabían que eso era imposible.



—Incluso aunque lográramos atravesar el arco de seguridad —dijo Lina, que llevaba el cuerpo flotante de CR-8R a su espalda—, nunca podríamos encontrar su oficina, no sin saber el código que hay que introducir en los controles de la caja.

—Y después están Rom y ese droide —añadió Milo—. ¿Crees que nos dejarían coger la cabeza de Cráter sin más?

El *Ave Susurro* apareció ante ellos mientras cruzaban el puerto fangoso.

—Pensaremos algo —le prometió Lina—. Tiene que haber algo a bordo del *Ave* que nos pueda servir de ayuda. ¡Ya verás!

Pero Milo abrió los ojos de par en par.

—¡Morq! ¡Me había olvidado de Morq! —Miró alrededor, aterrado ante su repentino recuerdo—. ¡Tiene que seguir en los Almacenes Cuernos Gemelos!

—A lo mejor ha vuelto al *Ave* —sugirió Lina.

Pero Milo ya se había marchado y estaba resbalando por el barro. Rodeó el *Ave Susurro* gritando el nombre del mono-lagarto, cada vez más nervioso.

—¡Morq! ¡Morq!

Dejando atrás el cuerpo de CR-8R, Lina corrió tras él.

—Milo, cálmate. ¡La gente te está mirando!

—No está aquí, Lina —dijo Milo—. Está en la ciudad. Estará asustado. Está solo.

Milo empezó a hacer pucheros, y las lágrimas comenzaron a resbalar por su cara. Lina no pudo moverse lo bastante rápido para evitar que su hermano se arrodillara en el barro con la cabeza entre las manos.

Se agachó junto a él, lo rodeó con sus brazos y se lo acercó.

—Ya está, ya está —dijo mientras se daba cuenta de que normalmente era su madre quien pronunciaba esas palabras—. Todo va a salir bien.

—No es verdad —respondió Milo sollozando—. Morq no está. Cráter no está. Mamá y papá no están. Y no hay nada que podamos hacer.

—Claro que podemos hacer algo —le dijo Lina, aunque no acababa de creerlo.

Sentados allí, a la sombra del *Ave Susurro*, en un planeta extraño y sin amigos. Las lágrimas que comenzaron a bajar por la cara de Lina habían estado contenidas mucho tiempo. Ambos habían pasado por mucho, y aun así seguían sin estar cerca de encontrar a sus padres. Era como si la galaxia entera estuviera contra ellos. Si no era el Imperio, eran los monstruos, y si no eran los monstruos, eran los mañosos como Odai.

Mientras consolaba a su lloroso hermano, Lina se había quedado sin ideas. Estaban las transmisiones, pero, aunque fuese cierto lo que había dicho Odai, ¿cómo sabrían que podían confiar en la persona que las emitía?

¿Cómo podrían confiar en alguien más?

—¡Parece que alguien necesita una buena comida!

Lina alzó la mirada, sin dejar de abrazar a Milo. Una mujer estaba de pie frente a ellos, con las manos en la cintura. Tenía una cara amable y franca, con la piel oscura, y unos brillantes ojos verdes. Su pelo rizado estaba recogido con una diadema naranja, e iba vestida con un largo chal y un delantal sobre un mono gastado.

—A menos que no estéis hambrientos —añadió al ver que ninguno de los dos respondía.

—Yo lo estoy —dijo Milo mientras se limpiaba la nariz con el dorso de la mano.

Lina sonrió al ver que, incluso con el corazón roto, su hermano no dejaba de pensar con el estómago.

—Hace bastante que no comemos nada.

—¿Entonces a qué estáis esperando? —preguntó la mujer—. Seguidme.

Nervioso, Milo se levantó mientras se secaba las lágrimas con la manga. Cogidos de la mano, siguieron a la mujer, rodeando el *Ave Susurro*.

Allí, estacionada en la siguiente plataforma, había otra nave que no estaba cuando llegaron. Era un carguero antiguo, *muy* antiguo, de los que la madre de Lina le había enseñado en los viejos holocarretes. Era como si hubiera vivido mucha acción, su casco estaba lleno de golpes de asteroides. Aunque eso no era lo más extraño. Una de las puertas de carga estaba abierta y revelaba lo que parecía una pequeña cocina y un mostrador. Había mesas metálicas alrededor de la puerta, cada una ocupada por los

mismos alienígenas desagradables que habían visto al llegar al planeta. Ahora, se estaban encargando de la comida caliente que tenían en unas bandejas de metal. Lina tomó aire. Todo olía de maravilla. Sopas, guisos y pan recién horneado. Su estómago rugió. Estaba demasiado hambrienta. No se había dado cuenta hasta ese momento.

—Aquí está, aquí está —dijo la mujer, invitándolos a que se acercaran—. Bienvenidos al *Festín Móvil*. Sí, hay naves más bonitas, incluso más rápidas, pero ninguna sirve la comida de la capitana Shalla Mondatha. Vamos, tomad asiento.



Sacó un taburete de debajo de una mesa libre, a la vez que limpiaba con un trapo las migas de la superficie metálica.

—¿Capitana qué? —preguntó Milo, sentándose en el taburete.

—Shalla Mondatha —repitió la mujer—. ¿No os suena?

—Me temo que no —admitió Lina, uniéndose a su hermano.

—Bueno, ahora sí —dijo la mujer con una sonrisa—. La tenéis delante. Capitana, cocinera y camarera. Encantada de conoceros.

Cerca, en otra mesa, se escuchó un estruendo de platos. Lina se volvió y vio a un rechoncho dowutin intentando evitar que un pequeño carroñero se apoderara de su comida. Al tratar de golpear a la criatura, el alienígena de piel naranja sólo había acertado a dar un golpe sobre su mesa.

—¡Oye! —gritó Shalla—. ¡Ten cuidado con lo que haces!

—Es esta cosa —se quejó el dowutin apuntando tras la mesa volcada—. Me estaba robando la comida.

Se escuchó un chillido enfadado, y Milo saltó de su asiento.

—¡Espera! Ese es…

Al escuchar la voz de Milo, Morq saltó sobre la mesa. El mono-lagarto gritó de entusiasmo antes de correr para saltar sobre los brazos de Milo. El hermano de Lina abrazó a su mascota, que emitía ruidos de felicidad mientras le lamía la cara.

—Parece que alguien se alegra de verte —dijo Shalla riendo.

—¡Morq! ¡Pensaba que te había perdido! ¡Pero has vuelto! ¡Claro que sí, eres un chico listo!

—¿Qué pasa con mi comida? —se quejó el dowutin.

—Por el tamaño de esa barriga, creo que ya has tenido suficiente —respondió Shalla—. Fuera de aquí. Tengo bocas hambrientas alas que alimentar.

Volviendo hacia los niños, Shalla sacó una tableta del bolsillo de su delantal.

—¿Qué queréis? El especial de hoy es curry melahnés rojo, verde o amarillo.

—¿Tenéis algo que no sea curry melahnés? —preguntó Milo.

—Por supuesto —rio Shalla con los ojos brillantes—. Puedo haceros tarta de nerf, ensalada de cangrejo berbersiano, bhudde y estofado de orxtle…

—Tarta de nerf, por favor —dijo Milo, ya sin rastro de las lágrimas.

Shalla sonrió y se volvió hacia Lina.

—¿Y tú, querida?

—La ensalada, por favor.

—¿Querrás salsa dindra?

Lina se relamió. No había comido dindra en años.

—¡Sí, por favor!

Shalla ofreció otra brillante sonrisa a los niños y volvió a guardar el datapad en su bolsillo.

—¡Oído!

Desapareció en el *Festín* y apareció de nuevo minutos más tarde con dos platos llenos de comida.

Milo contempló la enorme porción de tarta que Shalla le colocaba delante.

—¡Qué buena pinta!

La ensalada de Lina también parecía apetecible.

—Sí, pero ¿cuánto va a costar? —Lina miró hacia la capitana, mordiéndose el labio—. No tenemos muchos créditos.

Shalla se inclinó hacia ellos y susurró:

—Corre a cuenta de la casa. Pero no se lo digáis a nadie. ¡Si no, todo el mundo vendrá en busca de regalos!

Apartó un taburete y se sentó sobre la mesa.

—¿A qué estáis esperando? ¡Comed!

Los niños no necesitaron que se lo dijeran dos veces. Cogieron los cubiertos de un cubo de metal y se lanzaron hacia sus platos, llenándose las bocas con aquella deliciosa comida. Lina soltó un ruido de agradecimiento. Todo estaba buenísimo. La lechuga de Naboo era fresca y crujiente, mientras que las patas de cangrejo con mantequilla se deshacían en la lengua. ¡Y la salsa! ¡Era tan fuerte que notaba cómo bailaban sus papilas gustativas!

—¿Está bueno? —interrogó Shalla.

—*¡Fefarafilla!* —dijo Milo con entusiasmo, la boca llena y la salsa cayendo por su barbilla.

Shalla se echó a reir.

—¿Sabéis? Viajo por todo el sector, instalando la tienda de puerto en puerto. ¡He cocinado para muchas tripulaciones de cargueros a lo largo del Corredor de Kessel y no he visto a nadie disfrutar tanto de mi comida como vosotros dos!

—Está realmente bueno —dijo Lina, dando otro bocado.

Shalla sonrió cariñosamente y, por un momento, una profunda tristeza pareció ensombrecer sus rasgos, por lo general amables.

—Me recordáis a mi hija.

—¿Viaja contigo? —preguntó Milo.

—Por desgracia, no —respondió Shalla, recuperando su compostura—. Ya se ha hecho mayor. Está viviendo aventuras por su cuenta, por eso me ha gustado daros de comer. No veo a muchos niños por estos lugares, y por una buena razón.

Pasó amablemente la mano por el brazo de Lina.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

Quizá fuera por la comida en el estómago, o por la cálida sonrisa de Shalla, pero los niños se lo contaron todo. Sobre sus padres, sobre el capitán Korda, sobre la llegada a Lothal y la pérdida de la cabeza de CR-8R.

—¿Se la arrancaron de cuajo? —preguntó con asombro Shalla cuando terminaron de contar la historia.

De repente, Lina volvió a sentir el dolor por la pérdida.

—Necesitamos recuperarla. Cráter es uno de los droides más molestos que puedes llegar a conocer. Es testarudo y cabezón y tan tan arrogante, pero…

—Pero es vuestro —dijo Shalla con dulzura.

Lina asintió.

—El es todo lo que nos queda.

—Además de esos mapas que os dejó vuestra madre…

—Están en su cabeza —le dijo Milo a Shalla.

—Bueno, eso tiene solución. Primero, voy a prepararos un bizcocho bosphiano, y luego planearemos algo.

Milo frunció el ceño, limpiándose un poco de pastel que tenía en los labios.

—¿Planear el qué?

Shalla sonrió con picardía.

—No siempre he sido cocinera, Milo Graf. Hace mucho tiempo, en otra vida, era contrabandista.

Lina sintió cómo se le abrían los ojos de la sorpresa mientras Shalla continuaba.

—He aprendido unos cuantos trucos a lo largo de los años. ¿Ese tal Odai robó la cabeza de vuestro droide? Bueno, ¡pues vamos a recuperarla!

CAPÍTULO 6

ESCARABAJOS

Más tarde ese mismo día, cuando el sol de Lothal comenzaba a descender, Shalla Mondatha se acercó a la entrada de los Almacenes Cuernos Gemelos en una plateada y brillante moto *speeder*. Todavía llevaba puesto su viejo chal, pero se había quitado el delantal y sus ojos estaban cubiertos por unas gafas con visor. Tras su *speeder* llevaba un contenedor sujeto a los repulsores. Echó un vistazo por las puertas abiertas y observó a los matones de Cikatro Vizago llevando cajas de arriba abajo. Agudizó la vista tras las gafas cuando vio a un rodiano caminando por la calle y entrando por las puertas.

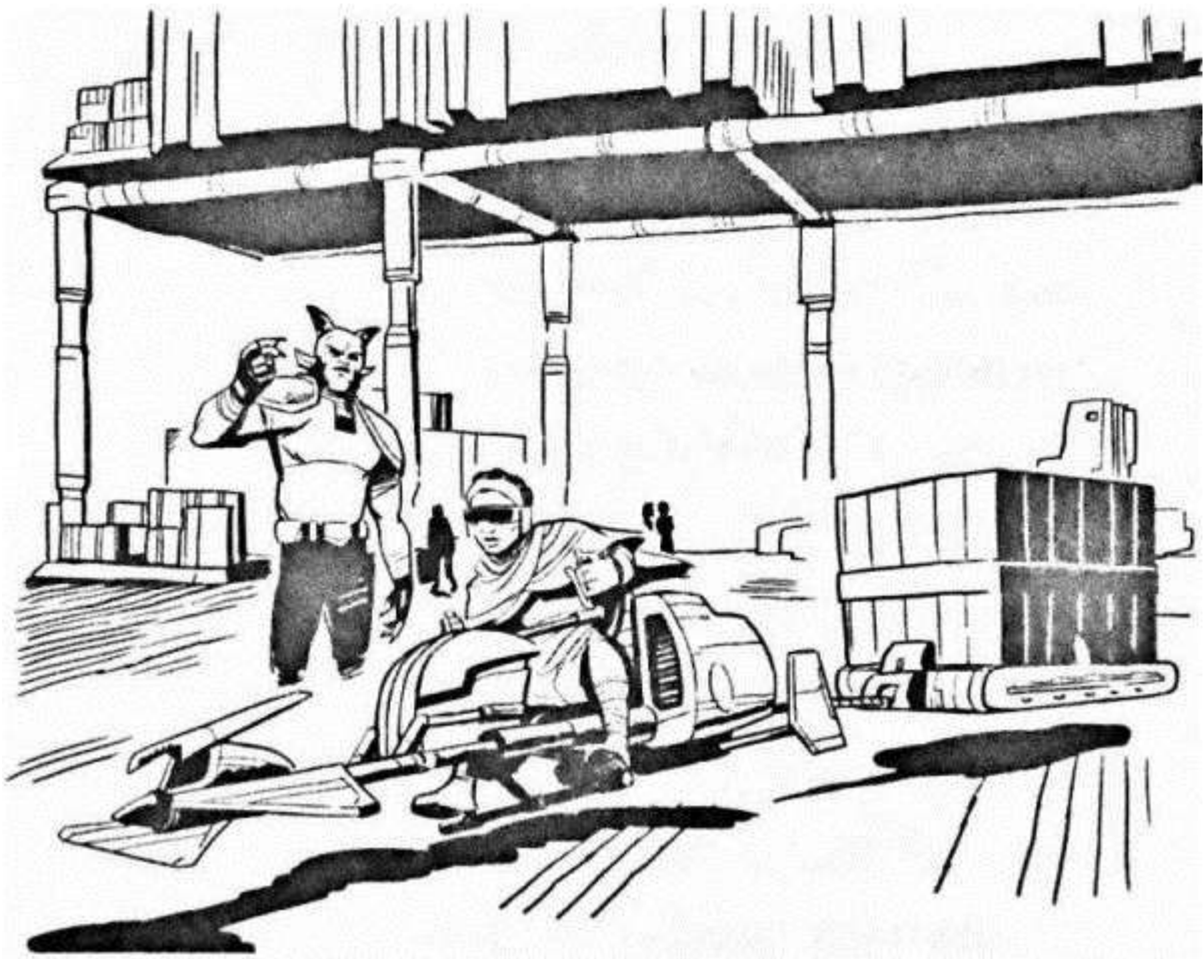
«Ese debe de ser Rom», pensó, recordando lo que le habían dicho los niños. Era ahora o nunca.

Saltó del *speeder*, desacopló la caja y la introdujo en el almacén.

—Oye —dijo Vizago, cortándole el paso—. ¿Adónde vas con eso?

Shalla frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?



El devaroniano golpeó la caja.

—¡Lo que has oído! ¿Adónde vas con ese contenedor?

Shalla se encogió de hombros.

—Es para guardar mi caja. —Miró a su alrededor, fingiendo ignorancia—. Estos son los Almacenes Cuencos Gemelos, ¿no?

—Cuernos Gemelos —la corrigió Vizago—. Un negocio privado.

Ella le ofreció su más amplia sonrisa.

—Entonces estoy en el lugar correcto. Mi droide abrió una cuenta esta misma mañana. Necesito un lugar donde guardar mis ingredientes cuando estoy fuera del planeta. —Ante el silencio del alienígena, añadió su nombre—: Capitana Shalla Mondatha.

Vizago miró a unó de los dos droides dorados que había tras el mostrador. Ya habían empezado a revisar la lista de clientes de Cuernos Gemelos. Tras encontrar un nombre en la pantalla, el droide emitió una respuesta a Vizago.

El devaroniano se volvió de nuevo hacia Shalla, con una falsa sonrisa en sus labios.

—Culpa mía. Entiendo que ha pagado por nuestro servicio de lujo.

Shalla asintió con entusiasmo.

—Oh, sí. Sólo quiero lo mejor para mi comida.

—Vamos a escanear su caja —dijo Vizago—. No es nada personal, entiéndalo. Es el procedimiento habitual.

—Por supuesto. Por eso he escogido vuestro establecimiento. «La seguridad es nuestro negocio» es vuestro lema, ¿no?

Vizago asintió con otra sonrisa antes de dirigirse al rodiano.

—Rom, escanea la caja.

El rodiano parecía confundido.

—¿Pero Rom ver jefe?

—Podrás ir a ver al jefe después de haber escaneado la caja —insistió Vizago.

Refunfuñando, Rom cogió un escáner de mano y lo pasó por todo el contenedor. De inmediato, el escáner comenzó a pitar violentamente.

—¡Signos de vida detectados! —informó Rom.

La sonrisa de Vizago desapareció.

—Abrala.

Shalla negó con la cabeza.

—No… no puedo hacerlo.

—Entonces no puede quedarse aquí.

—¡No lo entiende!

—Entonces enséñemelo.

Shalla suspiró y dejó caer sus hombros.

—Muy bien. Parece que no tengo otra opción.

—No —corroboró Vizago—. No la tiene.

Shalla pasó la mano por el lateral del contenedor hasta que encontró un botón. Lo pulsó y la tapa se separó en dos, abriéndose con el molesto ruido de las bisagras.

Escarabajos de los colores del arco iris comenzaron a salir de la caja y a caer al suelo. El devaroniano retrocedió de un salto.

—¡Puf! ¿Qué son?

—Escarabajos wakizanos —dijo Shalla, observando a los insectos huyendo por todas partes—. En los planetas del núcleo son una exquisitez. Se fríen en aceite troogano. —Sacó una bolsa de papel de su bolsillo, ofreciéndole uno al disgustado devaroniano—. ¿Quiere probarlo?

—¡No! —exclamó Vizago, así que Shalla lo intentó con Rom. El rodiano cogió un escarabajo con mucho gusto y lo hizo crujir con fuerza en la boca.

—¡A Rom gusta! —dijo.

Shalla le dio otro más. El primer paso del plan estaba en marcha.

El segundo paso tuvo lugar cuando una criatura pelirroja entró en el vestíbulo, correteando entre los escarabajos. Era Morq, parloteando feliz en busca de comida gratis.

—Y ahora vuelve el mono —gritó Vizago—. Hoy sólo puede ir a mejor. Cierra la tapa. ¡Cierra la tapa!

—Sí, por supuesto —dijo Shalla, manoseando el botón y fingiendo que no funcionaba—. Oh, creo que está atascada.

Morq saltaba sin parar de un lado para otro, y los insectos se escapaban en todas direcciones.



—¿Puede Rom ver jefe? —preguntó Rom.

—Sí —le respondió Vizago—. ¡Vete! ¡Una alimaña menos!

Rom se inclinó para pasar por el arco de seguridad y pulsó con sus dedos pegajosos la pantalla de control del almacén. Shalla observó cómo la caja empezaba a flotar hacia él, presumiblemente para llevar al rodiano hasta Odai.

Al fin, Shalla cerró la tapa, cortando el flujo de escarabajos.

—Lo siento mucho —dijo Shalla, mientras Morq, emocionado, saltaba sobre la cabeza de Vizago para columpiarse en los cuernos del alienígena—. Pero si no hubiéramos abierto el contenedor…

—¡Sí, sí! —gritó Vizago, intentando coger al mono-lagarto.

Shalla aprovechó la distracción para mirar de nuevo hacia el almacén. Rom había desaparecido en el interior de la caja, pero ella estaba concentrada en el teclado que había usado, y había tomado una foto con una cámara escondida en el visor de sus gafas.

Sacó una pequeña lata metálica y comenzó a esparcir bolitas por todo el suelo. Morq saltó al suelo, se metió una en la boca, pero la escupió disgustado, y volvió a la calle.

—¿Y ahora qué está haciendo? —se quejó Vizago.

—Es comida para escarabajos. No podrán resistirse, ¿ve? —Los insectos comenzaron a acudir hacia ella, siguiendo el rastro de las bolitas—. Ya no puedo cocinarlos, pero puedo deshacerme de ellos. ¿Podrá meter mi contenedor en el almacén?

—Sí, sí. Si se deshace de ellos, lo dejaré donde quiera.

Shalla sonrió.

—¡Gracias! Estoy deseando seguir haciendo negocios con ustedes.

Antes de que Vizago pudiera quitarle esa idea de la cabeza, Shalla se apresuró a salir del edificio, seguida por los escarabajos. Cuando se alejaron lo suficiente de las puertas, lanzó la lata contra una pared. La comida se derramó por todos lados, y los escarabajos se precipitaron sobre ella.

Las puertas de los Almacenes Cuernos Gemelos se cerraron. Shalla volvió a su moto *speeder* y se encontró a Morq esperándola en el asiento. Acarició la barbilla del mono-lagarto.

—Buen trabajo, amigo. Ha ido mejor de lo que esperaba.

Presionó un botón oculto en el lado del visor y vio la foto que había hecho del teclado.

—Mucho mejor.

Pulsó otro botón y envió la imagen a otras dos gafas que se encontraban en el interior del edificio. Pasó la pierna sobre el *speeder*, apartando a Morq y encendió el motor.

¡El robo estaba en marcha!

CAPÍTULO 7

ALARMA DE INCENDIOS

En los Almacenes Cuernos Gemelos, Cikatro Vizago aplastó un escarabajo solitario con su bota.

—Bichos —se quejó mientras levantaba el pie para ver la mancha pegajosa que había quedado en el suelo—. Los odio.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó uno de sus lacayos, un onodoniano con una trompa por nariz y un parche cubriéndole uno de sus ojos negros.

Vizago miró el contenedor y suspiró.

—Ha pagado, así que tenemos que ocuparnos de ella. Tengo la sensación de que la capitana Mondathaes del tipo de mujer que iríaalas autoridades si perdiéramos sus cosas. Pero espera…

El devaroniano se acercó a una mesa lateral y volvió con dos varas de hierro. Las colocó sobre el contenedor y éstas se adhirieron fuertemente ala tapa, bloqueando el contenedor como dos lapas.

—Cierre gravitacional —explicó al perplejo onodoniano—. Sólo por si acaso alguno de esos bichos intenta abrir la tapa. Ahora nada podrá salir de ahí dentro.

* * *

Dentro del contenedor, algo (o alguien, mejor dicho), deseaba desesperadamente salir. Bajo el montón de escarabajos estaba Lina, enrollada como una bola, junto a su hermano.

Ambos llevaban unos trajes y guantes negros que Shalla les había prestado, con la promesa de que los escarabajos no podrían entrar por las costuras. Las gafas con visor protegían sus ojos, y llevaban la boca cubierta por máscaras de oxígeno.

Lina se protegía la cabeza con los brazos y tenía los ojos bien cerrados tras el visor. Era la peor situación en la que se había visto nunca. Los escarabajos estaban por todas partes, caminando sobre su cuerpo y metiéndose entre su pelo. Los bichos estaban tan apretados que apenas podían moverse, pero podía sentir sus pequeñas patas arañándola. Además, estaba el sonido de cientos de mandíbulas repiqueteando como una sola.



Quería chillar y gritar, y apartar a las horribles criaturas de su piel, pero sabía que tenía que esperar.

El contenedor se movía de nuevo, balanceándose mientras se introducía más y más en el almacén. Había escuchado las órdenes de Vizago entre el castañeteo de los insectos.

—Llévala a la zona de espera para su procesamiento. Ya nos ocuparemos más tarde.

Justo como Shalla había dicho; dejarían el contenedor sólo el tiempo suficiente para escapar. Aun así, Lina estaba aterrorizada. ¿Qué pasaría si el plan no funcionaba? ¿Y si colocaban los escarabajos de Shalla directamente en una caja de almacenaje? Estarían atrapados hasta que alguien volviera a abrir la caja. O peor, se quedarían allí, en la oscuridad, con los insectos como única compañía.

Lina se obligó a calmarse. Estaba todo muy bien preparado. Shalla les había dicho exactamente lo que tenían que hacer. Lina sólo tenía que esperar.

El contenedor se tambaleó mientras lo bajaban al suelo, asustando a los escarabajos, que comenzaron a moverse nerviosos. Lina prestó atención hasta que escuchó los pasos alejándose.

«Cuenta hasta diez —se dijo—, o mejor veinte, hasta que estés segura de que no hay nadie».

Todo estaba en silencio, salvo por el sonido de los insectos. Habían dejado la caja en el área de procesado.

—Milo —susurró Lina a través de su máscara de respiración—. ¡Tenemos que salir!

Su hermano empezó a moverse, subiendo entre los escarabajos para empujar la tapa del contenedor.

—No se mueve… —dijo, gruñendo por el esfuerzo—. Esos cierres gravitacionales deben de estar bloqueándola.

Lina se revolvió para plantar los pies en un lado de la caja.

—Shalla dijo que había un panel suelto por aquí, por si nos ponían algo pesado encima.

Apretó con el pie. No pasó nada.

—Está atascado. ¿Puedes ayudarme?

Milo se unió a ella, empujando un lado de la caja con su pie. Nada.

—¿Por qué no se mueve?

Lina comenzó a dar patadas, sin importarle si alguien la escuchaba. Tenía que salir de ahí.

—Lina, cálmate —advirtió Milo—. Podemos hacerlo. Sólo tenemos que trabajar en equipo.

—No —respondió, dando una patada con cada palabra—. Necesito. Salir. De. Aquí. Ya.

Con la última patada, el panel suelto salió disparado y cayó al suelo. Los escarabajos comenzaron a escapar como una ola, y Lina se escabulló por el agujero. Tan pronto como salió del contenedor, se puso de pie de un salto y se sacudió todos los insectos.

Milo salió tras ella.

—¿Quieres hacer el favor de callarte?

Se quedó helada. Tenía razón. ¿Los habría escuchado alguien?

Mientras los escarabajos corrían hacia la libertad, los niños prestaron atención. No había gritos ni pasos.

Lo habían conseguido.

Lina se quitó su máscara de respiración y corrió para esconderse en la esquina de una caja y vigilar el lugar. Estaban solos en el almacén, al menos por ahora.

Echó un vistazo a lo largo de una pared, hasta fijar su atención en un botón rojo protegido tras un cristal. Una alarma, como la que había en el arco. Señaló con la cabeza a Milo que, agachado, corrió hacia la pared. Miró a su alrededor, rompió el cristal y pulsó el botón. La alarma sonó de inmediato, un ensordecedor chillido que resonó por todo el almacén. Milo regresó en cuanto escuchó que la gente se dirigía a la salida. Un chirrido sobre sus cabezas les indicó que una caja comenzaba a descender. Aterrizó frente al arco de seguridad, y la puerta se abrió. Lina vio a Rask Odai saliendo de la caja, flanqueado por Rom e IG-70, que seguían a su airado jefe hacia afuera del almacén.

Lina esperó a que las puertas principales se cerraran antes de coger a Milo del brazo y tirar de él hacia la caja. Llegaron al teclado, y Lina pulsó un botón en el lateral de su

visor. Una imagen apareció ante ella. Era una foto que Shalla había tomado usando un filtro especial que destacaba las huellas aceitosas de Rom en los botones. Si Lina pulsaba desde la impresión más grasienta hasta la más débil, podría descubrir el código que los llevaría ala oficina de Odai.

Bueno, ésa era la teoría.

Milo ya había entrado en la caja.

—¡Vamos!

—Lo hago tan rápido como puedo —dijo, siguiendo el orden de las huellas para escribir el código.

El teclado emitió un pitido cuando Lina completó la secuencia, y ésta saltó al interior de la caja justo antes de que la puerta se cerrara.

En el interior, las luces se encendieron y los repulsores comenzaron a elevarlos en el aire. Esta vez parecían tardar más que en su primer viaje.

—¿Crees que ya se habrán dado cuenta de que no hay fuego? —preguntó Lina, dando golpecitos en el suelo con el pie.

—Espero que no —respondió Milo mientras la caja se acoplaba en su destino.

La puerta se abrió para revelar la oficina de Odai. ¡Hasta aquí todo perfecto! Los niños corrieron hacia el escritorio ornamentado.

—Aquí está —gritó Milo, señalando la cabeza de CR-8R flotando en su soporte.

—¡Está muy arriba!

Milo agarró el sillón de Odai y lo colocó bajo el soporte flotante.

—Sujétalo.

Cuando se subió sobre el sillón, el pitido dejó de sonar.

—Se ha apagado la alarma de incendios —dijo Milo.

—Entonces van a volver. Date prisa.

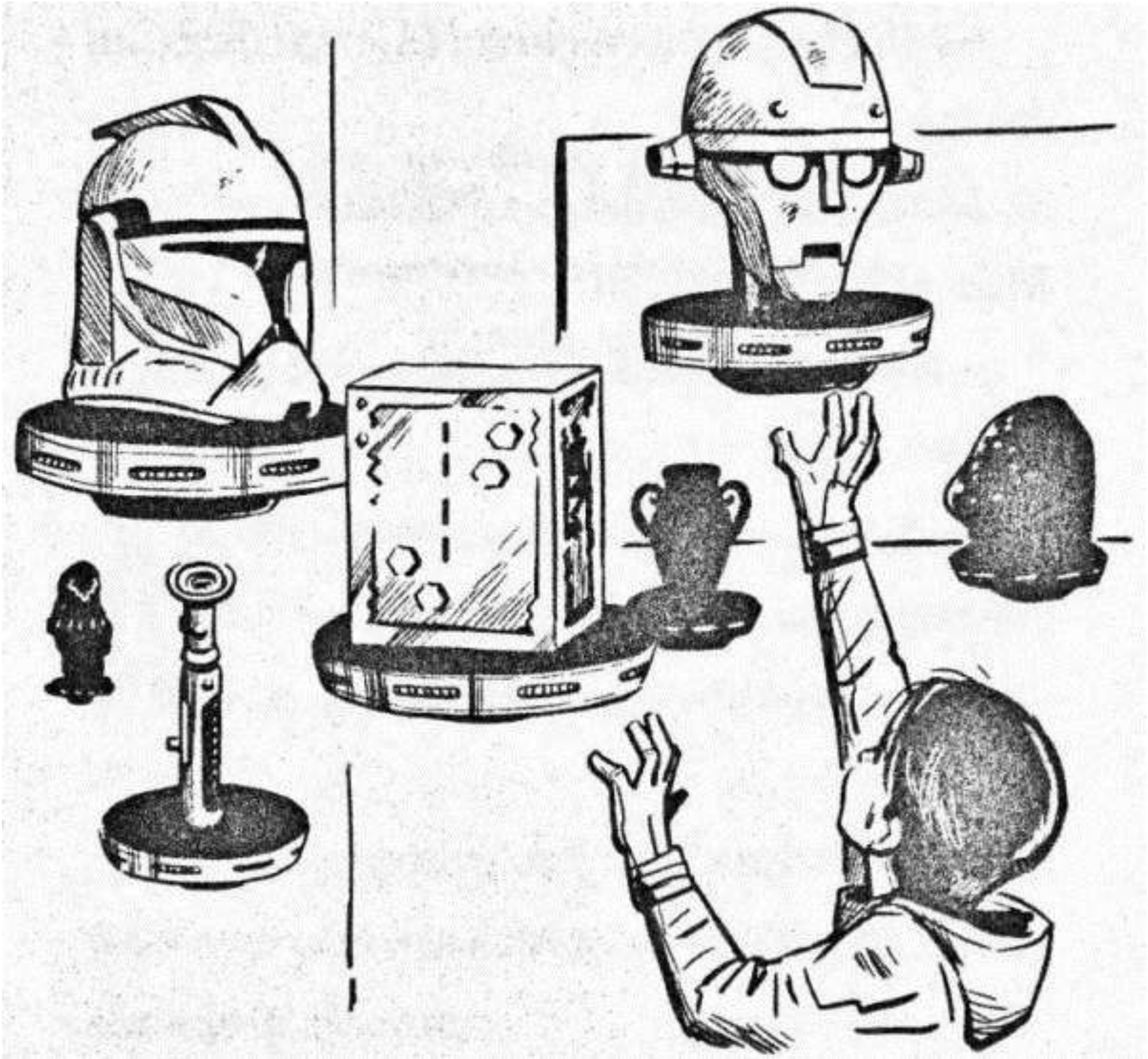
—¡Vale! —dijo Milo, estirándose hacia la plataforma.

Estaba demasiado alta, y apenas podía tocar el soporte con los dedos.

—Déjame a mí —le dijo Lina—. Soy más alta.

—Puedo hacerlo —insistió Milo, poniéndose de puntillas para agarrar el borde de la plataforma.

Bajo él, el sillón volcó, y Milo cayó, golpeando la plataforma antes de desplomarse en el suelo. La cabeza de CR-8R se tambaleó y se precipitó sobre la espalda de Milo.



No había tiempo para celebraciones. Una nueva sirena llenó el aire, con mucha más potencia que la alarma de incendios. Y se escuchó una voz computerizada:

—*¡Alerta! ¡Robo en curso! ¡Alerta! ¡Robo en curso!*

Lina cogió la cabeza de CR-8R y ayudó a Milo a ponerse en pie.

—¡Creo que hemos perdido el factor sorpresa!

CAPÍTULO 8

SUCCIONADOS

Al otro extremo de la oficina, la caja en la que habían llegado comenzó a moverse, y Lina corrió para ver cómo descendía.

—Ha sido por tu culpa. Si me hubieras dejado a mí coger la cabeza de Cráter, no habría sonado la alarma.

Milo se puso junto a ella en el borde de la habitación.

—¿Mi culpa? ¡Se suponía que tenías que sujetar el sillón! —Echó un vistazo hacia el suelo del almacén, muy abajo—. Estamos muy alto, ¿no?

—Supongo que a Odai le gusta contemplar su reino desde aquí arriba.

—Sí, hablando de Odai… —dijo Milo, señalando otra caja que empezaba a elevarse hacia ellos. Tenía la puerta abierta y el mon calamari se asomaba desde la abertura. IG-70 y Rom estaban junto a él, con los blásters desenfundados—. No parecen contentos de vernos —dijo cuando los primeros disparos impactaron en el exterior de la oficina.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Lina, apartándose de la abertura. Miró por toda la oficina con desesperación—. Ésta es la única salida.

La mano de Milo tocó la máscara de respiración que descansaba sobre su cuello.

—No, no lo es. ¿Cuándo fue la última vez que nos dimos un baño?

Lina miró el tanque de agua instalado en la pared.

—¡Estás de broma!

Milo corrió de vuelta hacia las plataformas flotantes, se subió sobre el escritorio y agarró una gran caja metálica de uno de los soportes.

—Esto debería servir —dijo, saltando de vuelta a la moqueta.

—¿Para qué?

Milo abrió la tapa de la caja y corrió hacia Lina.

—No sé si la cabeza de CR-8R es resistente al agua.

—No estás bromeando… —protestó Lina, introduciendo la cabeza del droide en la caja. Milo cerró la tapa.

—No. Tú primero.

—¿Por qué yo?

El sonido de la caja aproximándose se incrementaba cada segundo que pasaba.

—Vale —concedió Milo—. Voy yo primero, si te da miedo.

Lina le lanzó una mirada fulminante a Milo, mientras él se colocaba su máscara de respiración sobre la boca y cruzaba deprisa el campo de fuerza. Cogió aire e introdujo una mano por la barrera, que retiró en cuanto notó el agua.

—¡Está congelada!

—¿Has cambiado de idea?

Un disparo láser entró por la puerta abierta e impactó contra el techo.

—De ninguna manera —dijo Milo, cruzando de un salto el campo de fuerza.

Lina corrió hacia los controles y trató de recordar cómo Rom había activado el conducto del agua.

—Advertencia: ¡Deténganse donde están! —gritó una voz desde la puerta. La caja estaba a punto de llegar, y el bláster del IG-70 apuntaba directamente hacia ella—. ¡Suelte la cabeza!

—No, ¡no lo hagas! —gritó Odai—. ¡Podrías romperla! ¡Sólo déjala donde estaba!

—Lo siento, no puedo hacerlo —contestó Lina—. ¡Hasta luego!

Golpeó el botón con la palma de la mano, y el agua comenzó a salir del tanque, llevándose a Milo con ella. Lina apretó la caja metálica contra su pecho y atravesó el campo de fuerza. Tuvo la vaga impresión de que dos disparos le habían pasado por la espalda justo antes de sumergirse en el agua helada.

Era como saltar a un remolino. Se encontraba en el tanque y, al segundo, fue succionada por un tubo, golpeándose contra los lados mientras la empujaba la corriente. Llamó a Milo, pero no recibió ninguna respuesta. Lo único que podía hacer era sostener la caja y esperar que todo saliera bien.

Su cabeza golpeó con violencia contra un lado de la tubería, y el visor salió disparado de su cara. Intentaba resistir el escozor que le provocaba el agua salada en los ojos mientras buscaba con la mirada a su hermano.

Y entonces lo encontró, ¡cuando chocó contra él!



Milo gritó mientras el agua los adelantaba y pasaba por la reja circular contra la que habían chocado.

—¿Estás bien? —preguntó Lina, apartando la máscara de respiración.

Milo estaba empujando la reja.

Esto no se abre.

Lina dejó la caja plateada a un lado e intentó ayudarlo, haciendo fuerza contra la compuerta de metal. El hedor que llegaba del otro lado les informaba de que probablemente se encontraban en el sistema de alcantarillado de Lothal, pero mientras no estuvieran cerca de Odai y sus matones no les importaba.

—No pinta bien —dijo Lina, introduciendo sus dedos por las aberturas de la reja—. Tiene que haber algún cierre.

Buscó alrededor de la trampilla hasta encontrar una fría pieza de metal.

—Tiene que ser esto. Vigila la cabeza de Cráter.

Milo recogió la caja, mientras Lina rebuscaba entre las herramientas de su cinturón.

—¿Qué vas hacer? —preguntó el chico.

Lina sacó el cortador láser de su funda.

—Puede que nada si esto se ha mojado demasiado.

Pulsó el botón que había en el borde del pequeño cilindro metálico, pero no pasó nada. Lo sacudió y lo volvió a intentar. Esta vez una pequeña hoja de láser roja apareció.

—¿Puedo coger tu visor?

Milo le pasó las gafas a su hermana. Lina se cubrió los ojos con ellas y hundió la hoja a la altura de la cerradura. Comenzaron a saltar chispas mientras cortaba el metal, y el humo impregnaba la tubería. Volvió a colocarse la máscara de respiración en la boca, introdqjo de nuevo la navaja por la cerradura y, con un estruendo, la verja se abrió.

Lina guardó el cortador en el cinturón, bajó de un salto y cayó sobre una cornisa que recorría el lateral de la alcantarilla.

—Coge esto —dijo Milo, pasándole la caja antes de salir de la tubería.

Los últimos rayos de luz se filtraban por las rendijas del techo. Estaba anocheciendo. Tenían que moverse. IG-70 y Rom no tardarían en encontrarlos.

—Todavía queda un poco —dijo Milo, avanzando hacia la escalera pegada a la pared.

Lina lo siguió, vigilando que no se le cayera la caja. Sólo esperaba que Shalla estuviera esperándolos en la calle.

* * *

En el exterior de los Almacenes Cuernos Gemelos, Shalla estaba sentada en su moto *speeder*, acariciándole la cabeza a Morq. Algo iba mal. El plan estaba muy claro: activar la alarma y, mientras todos estaban fuera, coger la cabeza. Entonces los niños tenían que volver al contenedor y esconderse de nuevo. Shalla entraría de nuevo en la recepción, montando un escándalo por la alarma y pediría que le devolvieran sus escarabajos de inmediato. Saldría con los niños, seguros de nuevo bajo los insectos. Simple.

Pero una segunda alarma había hecho que Odai y sus secuaces volvieran corriendo al interior del edificio. ¿Habrían descubierto a los niños?



Morq dejó escapar un chillido de preocupación cuando vio al mon calamari reaparecer por las puertas del almacén. Estaba gritando a sus matones que *los cogieran.* Shalla no tenía dudas de a quiénes se refería. El rodiano y el droide asesino rodearon el edificio con sus armas desenfundadas.

Shalla escondió su *speeder* en las sombras y le clavó los dedos a Morq a causa de la frustración. El mono-lagarto chilló de dolor mientras los labios de Shalla se retorcían produciendo un gruñido.

¿Dónde se habían metido esos niños?

CAPÍTULO 9

RESCATE

En un callejón desierto de Lothal, una tapa de alcantarilla se abrió, y Milo salió del interior. Se dio la vuelta para recoger la caja con la cabeza de CR-8R que le pasaba su hermana.

—¿Hay rastro de ellos? —preguntó Lina mientras salía al exterior.

Milo miró a su alrededor.

—Todavía no, pero no pueden andar muy lejos.

En efecto, no tardaron en oír varios pies corriendo y los pasos de un pesado droide.

Milo agarró la mano de Lina, y ambos corrieron hacia el lado contrario del que provenían los pasos.

—¿Cómo vamos a encontrar a Shalla? —dijo Lina, siguiéndolo.

—Ya pensaremos en eso cuando estemos a salvo.

—Sí, como si hubiéramos estado a salvo estos días.

Llegaron al final del callejón justo cuando una moto *speeder* apareció ante ellos.

—¡Guau! —gritó, al ver que casi choca con el vehículo—. ¡Cuidado, Shalla!

Pero no era la propietaria del *Festín Móvil*. El conductor era un hombre, con una larga melena marrón y una espesa barba. Los niños le echaron un vistazo y corrieron de nuevo hacia el callejón, pero el paso estaba cortado por las siluetas de IG-70 y Rom, plantadas al otro lado de la calle.

Estaban atrapados, ¡otra vez!

—Advertencia: ¡Quédense donde están! —ordenó el droide asesino, entrando en el callejón.

—Sí, ¡donde están! —repitió Rom, inútilmente.

Milo apretó la mano de su hermana. El tipo del *speeder* también debía de trabajar para Odai. Estaban arrinconados.

—¿A qué estáis esperando? —dijo el hombre de la barba—. ¡Montaos!

Junto a Milo, Lina se dio la vuelta para encararse al conductor.

—No hemos hecho nada malo. ¡Tu jefe nos robó la cabeza de Cráter, recuérdalo!

—¿Mi jefe? —El hombre parecía confuso—. ¿No queréis que os rescaten?

Milo se volvió de golpe.

—¿Que nos rescaten?

—¡Subid al *speeder*!

Milo abrió los ojos sorprendido. Había algo reconocible en su voz. Algo familiar.

—¡Tú eres el hombre de las transmisiones!

—Sí, soy yo, y si no os movéis rápido, ¡no podré volver a hacer más transmisiones!

Milo corrió hacia delante, tras soltar la mano de Lina. Ella se quedó parada, pero comenzó a correr mientras IG-70 gritaba:

—Ultimo aviso: ¡paren!

—No, no vamos a hacerlo —gritó Milo, saltando sobre el *speeder* justo antes de que Lina montara tras él.

IG-70 ya había empezado a disparar cuando el misterioso salvador pisó el acelerador. El *speeder* salió disparado, levantando el polvo de la carretera.

* * *

Después de ir esquivando edificios de un lado para otro, el *speeder* se detuvo frente a una construcción sin identificar, sin nada que la diferenciara del resto de los edificios que habían dejado atrás.

—Hemos llegado —dijo el hombre antes de apagar el motor.

—Ni siquiera sabemos tu nombre —dijo Milo bajándose del vehículo.

—Dentro —fue su única respuesta, a la vez que pasaba una tarjeta de identificación por un lector instalado en la pared.

De repente las puertas se abrieron.

Milo lanzó una mirada a Lina, que se encogió de hombros. Ninguno de ellos sabía si podía fiarse de aquel tipo. El hombre se volvió y suspiró, suponiendo lo que estaba pasando por sus cabezas.

—Mirad, podemos ayudaros, pero ahora no es muy seguro estar por las calles.

—¿Podemos?

Una voz femenina llegó desde el interior de la casa, amable pero preocupada:

—¿Ephraim?

—Tranquila, soy yo —respondió Ephraim. Asintió a Milo y Lina—. Y traigo invitados.

Una mujer apareció por la puerta. Era más pequeña que Ephraim y llevaba un tocado púrpura a juego con sus ojos.

—Los has encontrado —dijo, invitando a los niños a entrar—. Venid rápido.

Tras darse cuenta de que no tenían muchas más opciones, Milo pasó el primero, con la caja a cuestas.

—Hemos estado muy preocupados por vosotros —dijo la mujer, al tiempo que Lina cruzaba el umbral seguida por Ephraim. La puerta se cerró tras él.

—¿Sabéis quiénes somos? —preguntó Lina.

—Os vieron haciendo preguntas en la pista de aterrizaje —explicó Ephraim, que bloqueaba la puerta—. Lástima que le preguntarais a Cikatro Vizago.

—Hemos estado siguiendo vuestra señal desde Thune —le dijo Lina.

Ephraim sonrió.



—Habéis recorrido un largo camino, ¿no? Las palabras se agolpaban en la boca de Milo:

—Capturaron a nuestros padres y no sabíamos qué hacer, entonces escuchamos tu voz y…

—Silencio, por ahora —dijo la mujer, acercándose a la mesa—. Ya habrá tiempo para todo eso. ¿Tenéis hambre? ¿Queréis beber algo?

Antes de que pudieran responder, Milo escuchó una risita aguda. Provenía de una cuna al otro lado de la habitación.

—¡Tenéis un bebé! —dijo, acercándose sin preguntar.

—¡Milo! —advirtió Lina, pero Ephraim soltó una carcajada.

—No pasa nada. Es nuestro chico, se llama Ezra.

Milo echó un vistazo al interior de la cuna, donde un niño rechoncho le devolvía la mirada con sus grandes ojos azules. Tenía un mechón negro y extendía su brazo regordete.

Milo se agachó, y el bebé agarró uno de sus dedos con la mano.

—Es adorable.

—Sí, cuando no está gritando como un loco —rio la mujer, acercándose a la cuna—. Me llamo Mira, y ya habéis conocido a mi marido, Ephraim.

El hombre barbudo extendió una mano a Milo.

—Ephraim Bridger. Encantado de haberos conocido al fin. Parece que habéis tenido muchos problemas.

Mira los guio hacia la mesa y les sirvió vasos de una fría leche azul mientras Lina y Milo contaban su historia.

—¿Y la cabeza de vuestro droide está en la caja? —preguntó Ephraim cuando acabaron de explicar su huida de la guarida de Odai.

Lina abrió la caja para sacar la cabeza de CR-8R y acarició su cara dormida.

—Y los secretos de nuestros padres están aquí.

—Si hubiéramos sabido en qué estabais metidos, habríamos contactado antes con vosotros —dijo Mira con tristeza.

—Pero teníamos que estar seguros —añadió Ephraim—. Escuchamos muchas historias como la vuestra, gente secuestrada por las fuerzas del Imperio, familias enteras que desaparecen.

—Por eso empezamos con las emisiones —dijo Mira—. Para difundir esperanza. Era todo lo que podíamos hacer.

—Y funciono —interrumpió Lina, mientras se limpiaba la leche de los labios—. Al menos para nosotros. Seguimos vuestra señal hasta aquí.

—¿Porque esperabais que pudiéramos ayudaros a recuperar a vuestros padres? —preguntó Mira.

—¿Podéis?

Los Bridger se miraron.

—No es tan sencillo —respondió Ephraim.

—¿Por qué?

—Enséñaselo —dijo Mira, colocando una mano sobre el brazo de su marido.

Ephraim asintió y se dirigió hacia un sofá circular situado en la esquina. Lo apartó, y apareció una escotilla abierta en el suelo.

—Querréis ver esto —dijo.

El hombre se sentó en el borde del agujero para bajar por una escalera.

Milo y Lina cruzaron la sala hasta la escotilla y se asomaron por el profundo hueco. Ephraim había llegado al final. Milo no esperó. Se agarró a la escalera y comenzó a bajar.

—¡Guau! —dijo, al verse en una sala secreta dotada con equipos de comunicación—. ¿Desde aquí enviáis los mensajes?

—Y también monitorizamos los canales imperiales —confirmó Ephraim, que ya se había sentado delante de un gran transmisor cuando Lina llegó—. La razón por la que somos tan cautelosos es porque hemos escuchado que hay un cazarrecompensas en Lothal.

Pulsó un botón y apareció un holograma sobre el transmisor. Mostraba una figura enmascarada. Sus ojos brillantes parecían estar clavados en Milo.

—¿Es él? —preguntó Lina.

—Se llama Shade —respondió Ephraim—. Nadie sabe quién hay tras la máscara. Ni siquiera sabíamos qué lo había traído a Lothal, aparte de que debía de ser algo grande. Para ser honestos, pensábamos que sería por nosotros, pero ahora sabemos que es por vuestro droide…



—¿Creéis que Shade está buscando los archivos de nuestros padres?

—Es posible. Creo que lo mejor es que salgáis del planeta.

—Pero acabamos de llegar —dijo Milo—. Necesitamos vuestra ayuda.

—Y os ayudaremos. Podemos preguntar por vuestros padres, pero estaréis más seguros en cualquier otro sitio, donde Shade no pueda encontraros.

—¿No podéis decirnos nada más sobre él?

Ephraim parecía dubitativo.

—¿Sobre Shade? No hay mucho que decir, aparte de que es uno de los cazarrecompen-sas más peligrosos del Borde Exterior. Aunque el otro día encontramos algo. —Continuó pulsando botones, buscando entre archivos en la pantalla—. Una cámara espacial captó una imagen que mostraba lo que podría ser la nave de Shade, dirigiéndose hacia aquí desde Kessel.

—¿Desde Kessel? —preguntó Lina, frunciendo el ceño.

Ephraim asintió.

—El planeta de las especias, sí. —Encontró lo que estaba buscando—. Aquí está.

Pulsó un botón y el holograma cambió, Shade fue sustituido por la imagen borrosa de un veloz carguero en el espacio.

Milo sintió una punzada en el estómago.

—¿Qué pasa? —preguntó Ephraim, al darse cuenta de que Milo había palidecido—. ¿Reconoces la nave?

La boca de Milo se había secado, y no podía creer lo que estaba viendo.

—Sí, —se volvió hacia su hermana—. Lina, ¿esa nave no es el *Festín Móvil*?

CAPÍTULO 10

LA FUGA

En los Almacenes Cuernos Gemelos, Cikatro Vizago se estaba cansando de que le gritaran.

—¿Dónde están? —vociferó Rask Odai, que parecía estar a punto de ponerse a saltar de un lado para otro—. ¿Cuánto se tarda en encontrar a dos niños?

—Estoy en ello, ¿vale? —dijo Vizago, y se colocó un comunicador en los labios—. ¿Rom? ¿IG-70? Venid, por favor. ¡El jefe quiere tener una charla con vosotros!

—¿Una charla? ¡Lo único que quiero es que recuperen mi cabeza!

—Parece que estás perdiendo la tuya —murmuró Vizago.

—¿Cómo has dicho?

—Nada, jefe —dijo el devaroniano, volviendo a dirigirse al comunicador—. ¡Rom! ¡IG-70! ¿Dónde estáis?

—Cikatro Vizago —dijo una voz de mujer.

El alienígena enastado se volvió para ver a Shalla Mondatha pasear por el almacén.

Justo cuando pensaba que la noche no podía ir a peor. Se acercó a ella con la intención de echarla de allí.

—Ahora no, ¿de acuerdo? Sus bichos están bien, pero ahora ya hemos cerrado.

Vizago le dio la espalda a la mujer y llamó por última vez a Rom y IG-70.

—No creo que puedan oírte —dijo Shalla.

Vizago saltó en el momento en que algo pesado le golpeaba el pie. Un largo cilindro rodó por el suelo hasta detenerse frente a él.

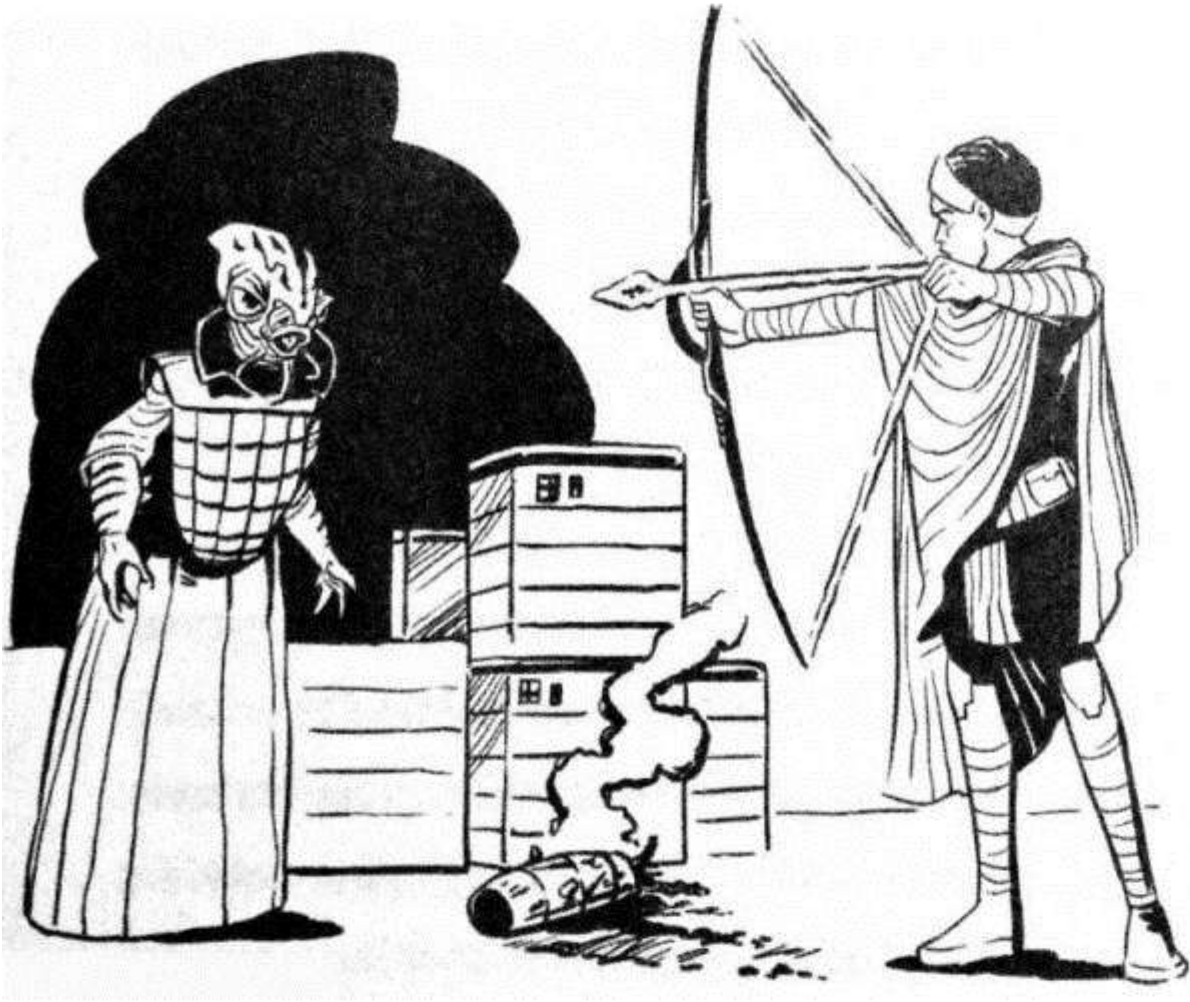
Era la cabeza metálica de IG-70, con los cables chamuscados colgando de su cuello.

Vizago se dio la vuelta hacia Shalla, que le apuntaba con un arco láser.

—¿Dónde están los niños? —se limitó a decir.

—¿Qué crees que estás haciendo? —dijo Odai, que había aparecido enfurecido junto a Vizago.

No estaba acostumbrado a que amenazaran a sus secuaces en su propio establecimiento.



—Estoy haciendo una pregunta —respondió Shalla con frialdad—. Una pregunta que les hice a tu rodiano y al droide asesino hace unos minutos. No respondieron correctamente. Te sugiero que me digas lo que quiero saber.

—¿Y qué es lo que quieres saber? —preguntó Vizago, calculando cuánto podría tardar en sacar la *Venganza de Vilmarh.*

—El hombre de la moto *speeder,* el que se llevó a los niños, ¿quién era?

—¡No tenemos ni idea de lo que nos estás hablando! —gruñó Odai.

—Respuesta incorrecta —dijo Shalla, mientras apuntaba y disparaba hacia uno de los droides dorados tras el mostrador.

El robot estalló en una lluvia de chispas. En menos de un segundo, su arma volvía a apuntar hacia Vizago.

—En serio —dijo el devaroniano—, deseamos tanto como tú encontrar a esos chicos. —Entrecerró los ojos antes de continuar—. A menos que… ¡tú sepas algo acerca del robo!

—Fuiste tú —dijo Odai tartamudeando—. ¡Tú estabas metida en todo esto!

Shalla puso los ojos en blanco.

—Oh, esto nos está llevando demasiado tiempo.

Se dio la vuelta de nuevo y acabó con el segundo droide. Vizago aprovechó la ocasión. Agarró la *Venganza de Vilmarh*, pero, antes de que pudiera sacar el bláster de su funda, Shalla ya le había disparado.

Vizago gritó cuando el proyectil lo envió de espaldas al suelo. La *Venganza de Vilmarh* se deslizó por el vestíbulo. Se tocó el cuerno izquierdo con la mano. ¡Le había arrancado la punta! ¡La mujer la había chamuscado!

Ahora Shalla apuntaba a Odai. El mon calamari estaba mostrando su verdadera personalidad, lloriqueando tras el mostrador como el cobarde matón que era.

—No dispares —rogó—. Te diré todo lo que quieras saber, pero no dispares.

—Eso está mejor —sonrió Shalla—. Ahora, te lo preguntaré una vez más: ¿Quién se llevó a los niños?

* * *

—¿Lo conocéis? —preguntó Ephraim—. ¿Conocéis a Shade?

—No *lo* conocemos —dijo Lina—. *La* conocemos. Es la capitana Shalla Mondatha. Dirige una especie de café en la pista de aterrizaje.

—¿Un café?

—Debe de ser una tapadera —dijo Lina.

Ephraim se acarició la barba con la mano.

—Y una buena. ¿Qué mejor forma de hacer hablar a la gente que dándoles de comer? Después de todo, no hay nada mejor que comida gratis.

Lina agachó la cabeza para mirar su traje.

—Por eso tenía todo el equipo necesario para el robo. Dijo que era porque había sido contrabandista.

—Pero en realidad es una cazarrecompensas —dijo Milo—. ¡Enviada para encontrarnos!

—Bueno, eso es lo que creemos —los interrumpió Ephraim—. Pero ¿por qué no os capturó cuando tuvo la oportunidad? ¿Por qué llevar a cabo el robo?

—Porque no somos nosotros lo que quiere —reveló Milo.

—¡Los archivos en la cabeza de Cráter! —dijo Lina—. Por eso nos estaba ayudando. ¡Oh, qué tontos hemos sido!

Metió una mano en su bolsillo y sacó el visor que le había cogido a Milo en la alcantarilla.

—Esto puede transmitir —dijo Lina—. Es con lo que nos envió la foto del teclado.

—¿Y si también nos puede rastrear? —preguntó Milo.

Ephraim le cogió el visor y lo examinó de cerca. Suspiró.

—Tienes razón. Tiene un rastreador instalado.

—¡Entonces sabe que estamos aquí! —exclamó Milo.

Ephraim negó con la cabeza.

—No necesariamente. —Miró a su alrededor—. Este lugar está blindado.

—¿Para proteger tus mensajes?

—Esa es la idea. Nuestra señal es rebotada por una emisora local para no tener que retransmitir desde nuestra propia casa.

—Así el Imperio no puede seguir el rastro hasta la fuente —dijo Lina, completando la explicación de Ephraim—. Es inteligente.

—¿Y ese truco burlará el rastreador de Shade? —preguntó Milo.

Ephraim ya no parecía tan seguro.

—Por ahora, al menos. Pero no es perfecto. Cuanto más tiempo paséis aquí…

—Más fácilmente nos encontrará.

Lina soltó un suspiro.

—Entonces tenemos que irnos.

—No he dicho eso —insistió Ephraim.

—No —respondió Lina—. Pero es cierto. No podemos poneros en peligro. Lo que hacéis es demasiado importante.

—Además también está Ezra —le recordó Milo.

Lina tomó una decisión.

—Necesitamos volver al *Ave Susurro* y despegar lo antes posible.

—Siempre y cuando tengamos el combustible suficiente —dijo Milo—. Es más, si Shalla está rastreando el visor…

—Entonces dejadla que lo siga —dijo Ephraim, alcanzando una herramienta de la mesa. Mientras los niños observaban, presionó en el lateral de las gafas y el transmisor emitió un pitido—. Sí, lo que pensaba.

Ajustó uno de los mecanismos del transmisor, y un mapa holográfico de Ciudad Capital apareció en el aire, con un punto parpadeante.

—Las transmisiones funcionan en dos direcciones —explico—. Esa es Shade, buscándoos. Ahora si llevo este visor al otro lado de la ciudad, vendrá corriendo, siguiéndome a mí, no a vosotros.

—Mientras nosotros volvemos al *Ave Susurro* —comentó Lina—. ¿Pero eso no te pondrá en su línea de fuego?

—¡No os preocupéis por Ephraim! —gritó Mira desde lo alto de la escalera—. Era un loco de la velocidad cuando era más joven. No podrá alcanzarlo.

Ephraim los condujo de vuelta a la sala.

—Siento que no podamos hacer más. Cuando os hayáis marchado, empezaremos a buscar a vuestros padres, y estaremos en contacto.

—También deberías coger esto —dijo Mira, colocando una bolsa en las manos de Lina—. Para comprar combustible. Siento que no sea más.

Lina miró el interior. Estaba llena de créditos.

—No podemos aceptarlo.

—Podéis y debéis. ¿Sabéis cómo volver a la pista de aterrizaje desde aquí?

Lina asintió mientras Milo recogía la cabeza de CR-8R.

—Creo que sí.

—Entonces pongámonos en marcha —dijo Ephraim, dirigiéndose a la puerta—. Ya es de noche, pero las lunas deberían daros suficiente luz. ¡Tenéis que salir de Lothal cuanto antes!

* * *

Ni Lina ni Milo pronunciaron una palabra mientras corrían por la calles de LothaL Intentaban mantenerse bajo las sombras alargadas de los rascacielos, aunque éstos ya no les parecían tan bonitos.

Paraban cada vez que pasaba un vehículo, y se escondían tras algún puesto o entraban en un portal, temiendo que en cualquier momento Shalla se abalanzara sobre ellos.

No, Shalla no. Shade. Ni siquiera sabían si Shalla era su nombre real.

El *Ave Susurro* los estaba esperando cuando llegaron a la pista de aterrizaje. El *Festín Móvil* se encontraba al lado, pero estaba cerrado y no se apreciaba ninguna luz a través de sus ventanas.

Agarrando con fuerza la cabeza de CR-8R, Milo corrió en dirección al *Ave,* pero se detuvo al oír un grito de alegría. Se volvió hacia Morq, que estaba agazapado tras una moto *speeder*.

—Ahí estás —dijo Milo, corriendo hacia su mascota—. Tenía miedo de que te hubieran herido. Vamos, tenemos que entrar en el *Ave*.

Morq no se movió. Permaneció sentado, temblando.

—¿Qué le pasa? —preguntó Lina, acercándose a Milo por la espalda.

Entonces vio el collar que rodeaba el delgado cuello de Morq. Tenía una cadena enganchada a la moto *speeder*.

—Me preguntaba si volveríais a por él —dijo una voz tras ellos.

Era Shalla, de pie bajo la proa del *Ave Susurro.* Todavía llevaba puesto su chal, pero ahora éste cubría una armadura negra.

—Supongo que ya no lo necesito —dijo, mientras se lo quitaba—. No parecéis muy contentos de verme.

—¡Sabemos quién eres! —gritó Lina, manteniéndose firme junto a su hermano—. Eres una cazarrecompensas, Shade.

—¿Lo soy? —preguntó Shalla, dando la vuelta al chal.

El otro lado de la prenda era oscuro y liso, como un capote. Se lo volvió a pasar sobre los hombros y lo abrochó bajo su barbilla.

—¿Dónde está tu máscara? —preguntó Milo, intentando sonar amenazador.

Lina no estaba segura de que estuviera funcionando.

Shalla ladeó la cabeza.

—Puedo ponérmela si quieres. Quizá después de que me hayas dado esa cabeza.

—No —dijo Lina, interponiéndose entre Milo y Shalla—. No te la daremos.

—Sabía que diríais eso. Lo del visor ha sido inteligente. Quien sea que os haya rescatado todavía debe creer que lo estoy persiguiendo por toda la ciudad.

—Encontramos tu señal —insistió Lina.

—No, encontrasteis la señal de un rastreador pegado a la espalda de un escarabajo wakizano. En cuanto descubrí que Odai no os tenía retenidos, supe que ibais a volver a vuestra nave. Así que preparé una pequeña sorpresa de bienvenida. —Shalla levantó una mano enguantada. Llevaba una tableta—. Os rendís, o pulso el botón.

—¿Y qué pasará si lo haces? —preguntó Milo.

—Oh, no mucho —dijo Shalla—. Tan sólo se detonará una granada térmica que he escondido en el *speeder*. ¡Ya sabéis, ése al que está atada vuestra mascota!

Milo se volvió hacia Morq, que lo miraba con los ojos muy abiertos y aterrorizados.

—¡No puedes! ¡Note ha hecho nada!

—Puedo y lo haré —insistió Shalla—. Así que, ¿qué preferís: rendición o adiós Morq?

* * *

Ephraim Bridger se detuvo junto ala pista de aterrizaje y apagó el motor de la moto *speeder*. No había tardado demasiado en descubrir que Shade no lo estaba siguiendo, así que había decidido enfrentarse a ella rastreando su señal hasta un callejón cercano a los Almacenes Cuernos Gemelos.

Había encontrado el rastreador en la espalda de un insecto con pinta desagradable. Los había engañado.

Pero quizá los chicos habían conseguido alcanzar la nave antes de que los encontrara, quizá habían logrado escapar. Lo comprobaría y después volvería con Mira. Sólo había un problema. No tenía ni idea del aspecto que tenía su nave.

Aunque pudo reconocer una, el *Festín Móvil*.

La nave de Shade.

Un movimiento repentino captó su atención. Alguien apareció tras la nave con forma de pájaro que había junto al *Festín*.

Le dio un vuelco el corazón cuando supo de quién se trataba.

Milo y Lina Graf eran conducidos hacia el *Festín* por una figura con capa. Ephraim sacó un par de electrobinoculares para echar un vistazo más de cerca. Sí, era una mujer, con la cabeza de CR-8R bajo el brazo. Se centró en la rampa del *Festín*, donde habían dejado el cuerpo decapitado del droide.



Bajó los electrobinoculares. ¿Podría detenerlos antes de que despegaran?

Lo dudaba. Incluso aunque se moviera con rapidez, no podía estar seguro de que Shade no hiciera daño a los niños. Además, Ephraim no era buen luchador. Lo tenía asumido.

Pero tenía amigos que sí lo eran.

Observó, con seriedad, cómo el grupo desaparecía por la rampa. Ésta se elevó con el sonido de los engranajes hidráulicos y, un segundo después, los motores del *Festín* comenzaron a rugir. Una nube de tierra se elevó alrededor del carguero cuando despegó, y un momento más tarde ya se estaba alejando en el cielo.

Ephraim sacó un comunicador de su túnica y sintonizó un canal.

—Ryde, soy yo… Sí, me dijiste que no te llamara todavía, pero esto es importante. Necesitamos preparar un rescate.

LA AVENTURA CONTINÚA EN
STAR WARS
AVENTURAS EN EL ESPACIO SALVAJE
Quinto libro: LA OSCURIDAD